

HISTORIAS DE IDENTIDAD Y DIVERSIDAD



Coordinación

Mayra González Flores • Carlos Ramírez Vuelvas • Antar Martínez-Guzmán

Ilustraciones

Sandra Uribe

UNIVERSIDAD DE COLIMA

HISTORIAS DE IDENTIDAD Y DIVERSIDAD

9xperimentales

UNIVERSIDAD DE COLIMA

Dr. Christian Jorge Torres-Ortiz Zermeño, Rector

Mtro. Joel Nino Jr., Secretario General

Mtro. Jorge Martínez Durán, Coordinador General de Comunicación Social

Mtro. Adolfo Álvarez González, Director General de Publicaciones

Mtra. Irma Leticia Bermúdez Aceves, Directora Editorial

HISTORIAS DE IDENTIDAD Y DIVERSIDAD

Coordinación

Mayra González Flores
Carlos Ramírez Vuelas
Antar Martínez-Guzmán

Ilustraciones

Sandra Uribe



UNIVERSIDAD DE COLIMA

© UNIVERSIDAD DE COLIMA, 2025

Avenida Universidad 333

C.P 28040, Colima, Colima, México

Dirección General de Publicaciones

Teléfonos: 312 316 1081 y 312 316 1000, ext.: 35004

Correo electrónico: publicaciones@ucol.mx

www.ucol.mx

Derechos reservados conforme a la ley

Publicado en México / *Published in Mexico*

ISBN electrónico: 978-607-8984-86-2

DOI: 10.53897/LI.2025.0018.UCOL

5E.1.1/317000/010/2025 Edición de publicación no periódica



Este libro está bajo la licencia de Creative Commons, Atribución – NoComercial - CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0).

Usted es libre de: Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material bajo los siguientes términos: Atribución: Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante. NoComercial: Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. CompartirIgual: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License.

You are free to: Share: copy and redistribute the material in any medium or format. Adapt: remix, transform, and build upon the material under the following terms: Attribution: You must give appropriate credit, provide a link to the license, and indicate if changes were made. You may do so in any reasonable manner, but not in any way that suggests the licensor endorses you or your use. NonCommercial: You may not use the material for commercial purposes. ShareAlike: If you remix, transform, or build upon the material, you must distribute your contributions under the same license as the original.

Proceso editorial certificado con normas ISO desde 2005

Dictaminación y edición registradas en el Sistema Editorial Electrónico PRED

Registro: LI-004-25

Recibido: Febrero de 2025

Publicado: Junio de 2025

Ilustraciones de portada e interiores: Sandra Uribe

Índice

8	Prólogo <i>Mayra González Flores</i>
11	Presentación <i>Carlos Ramírez Vuelas</i>
14	Narrar(se) más allá de los guiones: identidad y diversidad sexo-genérica <i>Antar Martínez-Guzmán</i>
	Textos participantes en la convocatoria “Yo soy: mi historia de identidad y diversidad”
	<i>Identidad y diversidad</i>
25	La curiosidad mató al gato <i>Saira Guadalupe Méndez Morales</i>
37	Mi identidad <i>Roberto Manuel Arellano Arceo</i>
41	Identidad de género en diferentes sociedades <i>Kenia Alexandra Manzo Estrada</i>
46	Entre líneas de viento... <i>Alondra Yadira Barajas Mariscal</i>

55 Una mirada a la vida de la comunidad trans
Roberto Preciado Palacios

60 Una historia de tránsito
R. Yamil Cruz Rodríguez

Discriminación y violencia de género

71 Salir de la burbuja
Karla Fernanda Juárez Velasco

76 Camino hacia la igualdad
Luly Chávez López

80 La realidad de una mujer
Diana Jazmín Mendoza León

84 Un día a la vez...
Sandra Karina Villanueva Gutiérrez

Inclusión y empoderamiento

91 Alzar la voz
Daniel Jesús Carrillo Tovar

95 Eco del Ser: la armadura del alma
Jesús Guadalupe Morán Angulo

105 Identidad y diversidad
Arantza Siret Abarca Bayardo

108	Estándares de belleza <i>América Alejandra García Delgado</i>
	Textos invitados de estudiantes de posgrado
113	(Re)vivir <i>Ángela Izquierdo García</i>
118	Lo que encuentro al cruzar el desierto <i>Ricardo de Jesús Partida Núñez</i>
125	Más allá de los cimientos: construyendo una comunidad inclusiva <i>Addí Espinosa González</i>
136	Tejiendo redes: reflexiones sobre identidad, género y feminismo <i>Claudia Janeth Montes de Oca Reyes</i>
141	Otras habitaciones que nunca han sido propias <i>María Enríquez</i>
149	Diálogo constante con mi masculinidad <i>Cristian Alberto Zepeda Gómez</i>
156	Coordinación del libro

Prólogo

Contarnos y escucharnos es un acto de reconocimiento, un ejercicio que nos permite entrelazar memorias, vivencias y sentires que dan forma a nuestra identidad. A su vez, cada relato se convierte en un testimonio de la diversidad que nos habita y con la que convivimos, de las experiencias que nos moldean y de los caminos que nos llevan a ser quienes somos. Las palabras se convierten, entonces, en un puente que une diferencias y que nos permite identificar aquello que compartimos. Al nombrarnos también nos reafirmamos para seguir construyendo nuestra propia voz.

Esta posibilidad no se queda en un acto individual, implica contar con espacios que nos den la libertad y confianza de hacerlo, que al compartir los fragmentos más íntimos de nuestra vida sean encontrados por miradas empáticas y reflexivas que permitan seguir explorándonos y ampliar nuestras propias posibilidades.

En este deseo, la Coordinación General de Extensión, la Dirección General de Publicaciones y el Centro Universitario para la Igualdad de los Estudios de Género (CUPIEG) promovieron el concurso universitario “Yo soy: mi historia de identidad y diversidad”, como un

espacio que abre la conversación para la reflexión y el diálogo sobre la igualdad de género, la propia identidad y la diversidad sexual entre adolescentes y jóvenes de nuestra universidad, a través de la escritura libre y creativa de relatos personales que les permitieran expresar sus propias vivencias y perspectivas sobre estos temas, y que en este libro se enriquecen con las miradas de estudiantes de posgrado.

Este concurso se suma a otras convocatorias que buscan dar voz a nuestra comunidad estudiantil, trascendiendo el enfoque académico para convertirse en un espacio donde la extensión universitaria materializa el compromiso institucional con la igualdad de género. A través de esta iniciativa, se pretende visibilizar necesidades e intereses desde la identidad y la diversidad, partiendo de la propia visión y sentir de las, los y les estudiantes.

Los relatos abordan complejas temáticas como la discriminación, violencia de género, prácticas sexistas, el acoso callejero e incluso la incivilidad, asimismo exponen ideas arraigadas desde las cuales se busca perpetuar un orden social en el cual no hay matices, sino mandatos que cumplir ante el deber ser que exige la sociedad. A pesar de ello, también reflejan una profunda sensibilidad, a partir de la cual se hace posible identificar la diversidad escondida en cotidianidad, así como momentos en los que emerge la empatía que transforma realidades.

Ante este escenario, nuestra Universidad asume su responsabilidad y se compromete a no ser indiferente

en la construcción de una comunidad más justa, donde el reconocimiento de identidad y diversidad sea la vía para el pleno ejercicio de los derechos humanos de quienes la integran.

Este libro se presenta como un espacio donde cada relato, desde su intimidad, aporta elementos valiosos que contribuyen a la construcción de nuevas narrativas en torno a la identidad, la diversidad y la prevención de la violencia de género. Particularmente para el CUPIEG, estas reflexiones resultan esenciales en el fortalecimiento de la incorporación transversal de la perspectiva de género en la formación del estudiantado, de manera que este proceso vaya más allá de las locaciones académicas y se traduzca en prácticas cotidianas que fomenten la equidad, el respeto y la construcción de entornos sociales más justos e igualitarios.

Más que la única presentación de los relatos, esta obra es un reconocimiento a los saberes y experiencias de nuestras, nuestros y nuestros estudiantes. Por ello, invitamos a leerla desde una mirada amplia de género, que posibilite la creación de ecos en distintos espacios. Esperamos que esta lectura despierte inquietudes y abra nuevas preguntas que, a través del diálogo colectivo, nos permitan resignificar nuestras realidades y reconocer la complejidad y la riqueza de la identidad y la diversidad.

Mtra. Mayra González Flores
*Directora del Centro Universitario
para la Igualdad y los Estudios de Género*

Presentación

Para ofrecer una formación integral pertinente en estudiantes de educación media y superior, es fundamental escuchar sus dudas, sus inquietudes, sus anhelos. Se trata de acercarse a conocer a las y los estudiantes universitarios, para tratar de contribuir de la mejor manera en su crecimiento personal.

En ese sentido, la Universidad de Colima genera distintas estrategias de diálogo con la comunidad estudiantil, estrategias que buscan ser un modo plural y abierto para que el estudiantado exprese, con absoluta libertad, su percepción sobre los diversos temas de la realidad.

Estos espacios también procuran acercar a las y los jóvenes a las expresiones artístico culturales, además de incentivar sus habilidades creativas. Es el caso de la convocatoria “Yo soy: mi historia de identidad y diversidad”, que al mismo tiempo es un momento propicio para hablar sobre la identidad y la diversidad, así como un motivo para que la comunidad estudiantil universitaria practique la escritura

reflexiva y creativa a través de un texto que pueda convertirse en un ensayo literario, en un artículo de fondo, o en una prosa sugestiva sobre uno de los temas fundamentales en la formación de la juventud: la definición de su identidad individual.

Quienes participaron en esta primera convocatoria narran las historias de cómo han construido su identidad, cómo en ese proceso permanente de encontrarse han descubierto sobresaltos y revelaciones, hallazgos y sinsabores, hasta llegar a ser una persona con su propia personalidad.

Es una manera de aceptar y reconocer que, en la diversidad del mundo contemporáneo, todas esas sensaciones moldean la personalidad de cada una, de cada uno, de nosotros. También hay una enorme valentía en ese acto de reflexión personalísima, para compartir a los demás las experiencias que no siempre son agradables (o algunas son muy satisfactorias), pero que siempre son formativas.

Por eso, los autores que aparecen en este libro merecen nuestro absoluto reconocimiento. El público lector que se acerque a estas páginas encontrará letras decididas, audaces y generosas, de estudiantes universitarios que comparten sus experiencias.

La integración de este libro es un reconocimiento a los participantes de la convocatoria, un diagnóstico sobre los procesos de construcción de identidad, así como un testimonio sobre la variedad de intereses que habitan a cada ser humano, y de la diversidad de personas que habitan a la Universidad de Colima.

Porque, como en la casa, en la Universidad también formamos nuestra personalidad. Tal vez no exista un sitio más propicio para ello, que este espacio rodeado de amistades, docentes, compañeras y compañeros que, junto con cada uno de nosotros, conformarán nuestra identidad.

Dr. Carlos Ramírez Vuelvas
Coordinador General de Extensión

Narrar(se) más allá de los guiones: identidad y diversidad sexo-genérica

Somos las historias que contamos sobre quienes somos. Somos, también, las historias que nos han contado y que otros han elaborado para contar lo que somos. En buena medida, nuestra identidad está hilvanada por relatos: historias que nos han transmitido sobre el mundo que habitamos, historias de vida que han ido forjando lo que pensamos y sentimos, trayectos que nos han conducido hasta aquí. Es a través de narrar que ordenamos nuestras experiencias, damos sentido al mundo y encontramos nuestro lugar en él. Las historias no solamente cuentan lo que sucede, sino que configuran cómo lo vivimos y cómo lo interpretamos. De maneras a veces inextricables, la vida y las historias que la cuentan se entrelazan.

Las narrativas funcionan como esquemas interpretativos que nos permiten organizar nuestras experiencias, dotarlas de significado y construir

un sentido de continuidad biográfica que conecta pasado, presente y expectativas de futuro. Las narrativas personales no nada más aportan sentido a los acontecimientos vitales, sino que también nos ayudan a definir quiénes somos en relación con las demás personas y con el entorno. Pero, además de ser un recurso organizativo de nuestras experiencias, las narrativas también hacen cosas, actúan, y con frecuencia cumplen funciones sociales importantes. No son neutrales, tienen efectos específicos en el mundo. Instauran modos de pensar, persuaden, legitiman realidades o las cuestionan, enaltecen o denigran sujetos, generan pertenencia o alienación. Son, además, herramientas poderosas para la configuración de subjetividades y la construcción de identidades.

Aunque el concepto de narrativa es complejo y multifacético, podemos decir que en su núcleo reside la idea de trama: una interconexión de acontecimientos, personajes, situaciones, atmósferas y entidades varias que se entretajan y se despliegan en el espacio y en el tiempo. Los diferentes elementos de una historia se ensamblan de maneras específicas creando una unidad significativa global, un relato con sentido. Este proceso de entramado no ocurre en el vacío. Cada historia es contada por un sujeto —ya sea individual o colectivo— desde su perspectiva particular, utilizando los recursos y las herramientas que tiene a su alcance. Narrar es una creación singular (como reza el dicho popular, cada

quien cuenta cómo le fue en la feria). Por eso, no hay una forma única de relatar un suceso, sino múltiples perspectivas posibles.

Sin embargo, aunque las narrativas son creaciones singulares, están profundamente modeladas por el contexto cultural e histórico. Narrar también es una acción social sumamente normada y regulada. No todas las historias pueden contarse, ni de cualquier manera, ni en cualquier momento. Las culturas y momentos históricos proporcionan marcos narrativos que anteceden a los sujetos y que condicionan lo que es posible narrar y cómo es posible hacerlo. Existen ciertos lenguajes, contenidos y estructuras narrativas; temas y formas de relatar que se consideran legítimas, adecuadas, verdaderas o comprensibles. En este contexto, para construir un relato sobre la propia identidad que funcione socialmente y que sea inteligible, es necesario seguir ciertas reglas de narración propias de cada contexto. Nos enseñan que hay que contar la historia de cierta manera, nos inculcan inicios, desarrollos y desenlaces más o menos preestablecidos. Nos indican qué tipo de personajes pueden existir en las historias y cuál es su papel en ellas.

Por tanto, las narrativas sociales dominantes operan como guiones normativos que prescriben formas de ser y actuar. Impregnan nuestro imaginario colectivo con estructuras más o menos rígidas y lineales que tienden a normalizar trayectorias de vida específicas. Nos dicen, por ejemplo, que una

vida 'exitosa' debe seguir un camino lineal. Estos metarrelatos funcionan como guías implícitas que influyen nuestras expectativas vitales y que además contienen presupuestos sobre nuestras identidades y deseos (por ejemplo, el matrimonio y la familia nuclear tradicional, heterosexual, como criterio de desarrollo funcional). Así, delimitan las posibilidades de construcción de identidad que se consideran deseables o adecuadas, e imponen modelos únicos, invisibilizan o deslegitiman formas de vida que no se ajustan a sus cánones.

De esta manera, las historias personales se entrelazan inevitablemente con los relatos colectivos, con narraciones más amplias incrustadas en el tejido social que establecen estructuras profundas para comprender la 'naturaleza de la vida' en una cultura en particular. Las identidades se negocian constantemente en función de los marcos sociales y culturales disponibles, lo que implica que los relatos personales están inevitablemente influenciados por los discursos hegemónicos que operan en la sociedad, pero también muestran agencia para construir sus propios relatos e itinerarios. Aun en el contexto de estos marcos normativos, las personas articulan relatos propios donde se encuentran maneras de resistir y subvertir los relatos dominantes. Aunque condicionados por los esquemas culturales, los relatos personales nunca son meras reproducciones de estos. La actividad de narrar también ofrece posibilidades para la resistencia y la transformación.

Al configurar sus historias, los individuos pueden desafiar los discursos que los limitan y construir identidades alternativas. Este potencial subversivo de las narrativas es particularmente relevante para sujetos que han sido colocados históricamente en posiciones de exclusión o subordinación, donde las historias personales pueden contribuir a promover su agencia y autonomía.

Además, las identidades, como las narrativas que las configuran, están lejos de ser inmutables. Por el contrario, están en constante transformación, adaptándose a los cambios en los contextos sociales, culturales e históricos. Más que una fotografía fija, la identidad es como una película en permanente edición. Las narrativas identitarias nos enseñan que las identidades no son esencias fijas y definitivas, sino que, por el contrario, son dinámicas y susceptibles de transformarse a medida que los individuos reconfiguran sus historias, desafiando las categorías rígidas que pretenden definirlos. Tan pronto nos acercamos a los relatos singulares de las personas, a sus trayectorias particulares y a sus diferentes formas de contar, nos encontramos con una riqueza y una complejidad que desbordan los modelos presuntamente lineales y universales con que suele entenderse la identidad. Los grandes metarrelatos se muestran rígidos, estereotipados, y ciertamente insuficientes para comprender la diversidad de itinerarios y formas de vivir la identidad, el deseo, el propio cuerpo y las relaciones sociales y sexo-afecti-

vas. Al contar sus historias, los sujetos que han sido relegados a lugares marginalizados o subordinados con frecuencia desafían los relatos canónicos que los sitúan en ese lugar. Las experiencias disidentes del orden sexo-genérico fracturan la supuesta naturalidad y universalidad con que tradicionalmente se supone que deben vivirse la sexualidad y el género. Son relatos encarnados que cambian los guiones establecidos, inventan otros desenlaces, modifican los roles y los protagonismos. En suma, trastocan las fórmulas narrativas y entraman recorridos múltiples.

Sin embargo, salirse de los cánones narrativos convencionales, vivir y contar otras historias, suele tener un costo social muy alto, especialmente para sujetos y comunidades que han habitado posiciones marginalizadas o subordinadas. También es difícil y desafiante para las personas que, estando situadas en categorías identitarias normativas o privilegiadas, emprenden movimientos para desplazarse de ahí y habitar posiciones incómodas o inconformadas. El marco narrativo dominante en nuestra cultura ha sido durante demasiado tiempo patriarcal y cis-heteronormado. Las historias que se cuentan —príncipes y princesas, como arquetipo ejemplar— contienen los códigos con los que se inculca que entendamos nuestras identidades, nuestros cuerpos y nuestros deseos. Una narrativa donde, aunque con variantes y versiones, lo masculino se posiciona en una mayor jerarquía con respecto a lo femenino; donde a cada cuerpo debe corresponder obligatoriamente una

única identidad de género; donde los personajes se cifran en un código binario que permite solamente dos posiciones (masculino-femenino), que además resultan mutuamente excluyentes y contrarias por naturaleza. Nacemos y crecemos con esos relatos como telón de fondo. Desde los grandes mitos a los productos de culturales populares (las leyendas, las canciones, los chistes, las imágenes publicitarias y las series) se encargan de reproducir esta narrativa como única y exhaustiva, al grado en que se convierte en una especie de sentido común profundamente arraigado.

Las identidades, los cuerpos y los deseos que no caben en este esquema narrativo han sido históricamente condenados a la exclusión o la invisibilidad. Las mujeres con roles de género inconformes y la comunidad LGBTIQ+ conocen esta realidad. Han sido borrados de las historias y los relatos canónicos y —cuando han sido incluidos— han ocupado el papel de la sumisión, la aberración, el pecado o la anormalidad. En las narrativas culturales son representados frecuentemente a través de procesos de deshumanización, de burla o de escarnio. Los afectos con que se han impregnado sus historias han sido de vergüenza, culpa o inadecuación. Las identidades sexo-genéricas disidentes y los sujetos femeninos o feminizados han tenido que existir por demasiado tiempo en el marco de relatos culturales que les subordinan y les denigran.

Pero historias diferentes —con otros personajes, estructuras, tramas y relaciones— siempre han exis-

tido y han pugnado por abrirse espacios de visibilidad e inteligibilidad. Hoy por hoy, esa multiplicidad de relatos se empieza a contar y a escuchar con mayor fuerza. Esa diversidad de trayectorias, construcciones identitarias, esquemas relacionales, nos muestra que las posibilidades narrativas con que se construyen las vidas sexo-afectivas y las identidades de género son más amplias y complejas que lo que marcan los moldes narrativos tradicionales. Pero, aunque las cosas han empezado a cambiar durante los últimos años —en buena parte gracias a las militancias a favor de mostrar que otras identidades son posibles— estamos aún lejos de consolidar una sociedad incluyente, igualitaria y plural. Más aún, a pesar de los avances logrados por décadas de lucha y trabajo, observamos en nuestros días reacciones exacerbadas y virulentas de sectores, y discursos conservadores que vuelven a desacreditar la multiplicidad y diversidad de experiencias sexo-genéricas.

En este contexto, narrar la diversidad en el ámbito público supone un gesto de valentía puesto que, siguiendo a Judith Butler, implica mostrar la propia verdad y desafiar los guiones dominantes, incluso a costa de exponerse a riesgos y vulnerabilidades. El mero hecho de hablar y contar la propia historia supone exponerse a situaciones potencialmente amenazantes y a posiciones incómodas. Y a pesar de la vulnerabilidad, las historias se viven y se narran, abriendo a su paso grietas en los discursos unívocos y estereotipados. Parafraseando a Donna Haraway,

vivimos en un mar de relatos poderosos que son la condición de las historias de vida personales y colectivas. No hay caminos fuera de los relatos. Pero, ciertamente, hay muchas formas posibles de narrar y muchas historias diferentes que contar. Cambiar las narraciones, ampliarlas, diversificarlas, transformar las relaciones que las hacen posibles, es una 'intervención modesta' que merece la pena.

Dr. Antar Martínez-Guzmán
Profesor investigador de la Facultad de Psicología



**Textos participantes
en la convocatoria
“Yo soy: mi historia de
identidad y diversidad”**

Identidad y diversidad



La curiosidad mató al gato¹

Saira Guadalupe Méndez Morales
Facultad de Letras y Comunicación

“La curiosidad mató al gato”, es lo que escucho decir a mi madre después de contarle todos aquellos murmullos a los que presto atención cuando voy en la ruta camino a la prepa. Siempre recibo regaños, incluso en mi cumpleaños me regalaron unos audífonos, para que mejor fuera escuchando música en lugar de escuchar a esos personajes tan peculiares que ocupan un gran lugar en mis días, en mi vida. Es imposible dejar de oír aquella carcacha ladeándose de lado a lado, con el gran empujón al subir el tope y el suspiro de aquella máquina al bajarlo, levantar la mano, hacerle la parada y percatarme de los pasos de quienes vienen

¹ Texto ganador del primer lugar en la convocatoria “Yo soy: mi historia de identidad y diversidad”, organizada por la Universidad de Colima, a través de la Coordinación General de Extensión, el Centro Universitario para la Igualdad y los Estudios de Género y la Dirección General de Publicaciones.

corriendo para alcanzarla. ¿Cómo quieren que nuble mi escucha con música en unos audífonos, si la melodía de la cotidianidad está siempre presente? Para darles gusto, me los ponía al salir de la casa.

Tiempo después, los usé hasta llegar a aquella esquina donde pasaba la ruta, incluso estando ya sentada, porque ya parecía muy raro tenerlos siempre en las manos, en mi casa siempre cuestionaban la batería y quién sabe qué tanto. La verdad, nunca los prendí; los usaba, pero estaban apagados. No podía quitarme ese vicio de escuchar mis días, las voces de las personas a quienes frecuentaba en los asientos, con quienes compartía camino, pero que nunca íbamos al mismo. Desde la señora que va con sus cosas listas para vender en alguna esquina contando al chofer lo mala que es la vida a esa edad, los estudiantes con los chismes de la escuela con un sinfín de groserías, las parejas que iban paradas y se recargaban entre ellos o que sin querer quedaban cada vez más juntos por lo lleno que iba. Y sin faltar, las cumbias, las llamadas, los regaños, los enojos. Para colmo del chofer, todo esto en un rectángulo con ruedas y ventanas, donde diariamente más de 50 personas compartimos el mismo aire, ambiente con frases como “el chofer te cuida”, “Dios conmigo”, “Dios está aquí” y luces que parecen de un antro de novela. Solamente en ocasiones, algunos vecinos se unían al trayecto, de ida la verdad los perdía, no me interesaba su conversación, al final los escuchaba a diario, estábamos en la misma calle.

Los últimos días de escuela me topé seguido con una vecina. He escuchado que mi mamá la saluda y le dice Carmen, tiene ya unos 40 años. Se me hizo raro verla, ella tiene auto. Ya casi llega a su fin esta jornada estudiantil, ya no va tan llena de estudiantes y ahora es más fácil encontrar asientos libres. Lo raro de ver a Carmen en la ruta era que siempre se sentaba en el mismo lugar y daba la casualidad que ya estaba ocupado, había más asientos vacíos, pero siempre prefería sentarse al lado de esa mujer. No entendía por qué. Pagaba, caminaba a la cuarta fila de asientos del lado derecho, saludaba a esa señora y se sentaba. No decían más, en silencio se hacían compañía. Yo me bajaba en la escuela mientras ellas seguían el trayecto, pero ya todo el camión se quedaba vacío y ellas seguían juntas. Cuando caminaba a la escuela, volteaba para ver si ellas compartían alguna palabra, pero no lo hacían, iban en silencio.

Pasaron algunos días, ya sólo tenía que ir dos veces más a la escuela. En este punto me siento triste de decirle adiós a mi rutina, no a las clases, no me gusta estar ahí, pero entiendo el sacrificio que hacen mis padres, lo que se me hace injusto es que ellos no sepan el sacrificio que yo hago para complacerlos. Ya no me divierto como antes. Desde que Daniela se cambió de lugar, todo se volvió raro, me dejaron sola en un rincón del salón, en una mesa para dos nada más estaba yo. Me dejaron de hablar y volví a estar sola todo el tiempo, nadie me dirige la palabra ni la mirada. Mi único escape es la ruta, ese cajón de

vidas que rueda por la ciudad, que lleva y trae almas, recuerdos, vidas mejores que la mía. Y ahora, con vacaciones, no sé cuáles serán los pretextos para salir de casa sin que me sigan mis padres.

Estoy en la parada buscando las próximas mentiras lo más creíbles para escaparme de vez en cuando. Casi no hay nadie, me quito los audífonos de la cabeza y escucho pasos marcados por unos tacones. Es raro, no sé quién subiría a una chatarra con tal vestimenta. En el aire se respira una esencia de vainilla: dulce, elegante y juvenil, muy presente. Me recordaba a Daniela los primeros días que hablamos, cuando trenzaba su cabello porque estaba a mi alcance. No sabía hacerlo, pero quería aprender para poder ayudarle. Le pedí ayuda a mi mamá y abuela, e incluso vi algunos videos para intentarlo; aunque no se me daba, pretendía que sí porque yo sé que le gustaban mucho. Ese olor tan especial hacía que mi imaginación me obligara a cerrar los ojos para apreciar la esencia. Mi curiosidad me mata, ojalá fuera Daniela. Volteo hacia el origen del olor. Al mirar, una mujer de espaldas con un vestido que acentuaba la figura de su cuerpo, su piel resaltaba el color vino de aquella prenda que le llegaba arriba de la rodilla, los tacones eran de color negro con un destello plateado en la punta que combinaban con las pulseras y aretes que tenía de accesorios. Mientras la observaba, ella se retocaba los labios de un color rojo que no ubico, al acabar movía el pequeño espejo para ver si su cabello estaba acomodado, un cabello denso de color

negro, largo y brillante. En un movimiento del espejo, alcanzó a percatarse de mi presencia a sus espaldas. Bajo la mirada rápido, no supe qué hacer. Me sentía muy nerviosa, sentía cómo mi respiración estaba agitada y me sudaban las manos, sentí su molestia y, claro, sólo soy una niña de bachillerato con un uniforme mediocre contra toda su vestimenta cara.

—Me gustó mucho su labial —dije, apuntando sus labios, con la voz temblorosa y con la vista de algunas personas que nos acompañamos en espera. —Gracias, es carmín. —Cerró el espejo y guardó sus cosas rápidamente para pasar por enfrente para hacer la parada—. Me quedé inmóvil.

Todos subieron menos yo. Lo único que quedó fue el aroma a Carmen. Cuando volví a abrir los ojos el chofer había empezado el trayecto, empecé a correr para poder alcanzarla en la próxima parada. Entre árboles y el cristal de la ventana, pude ver de reojo el vestido de Carmen, sentada a un lado de una mujer de piel morena, con una sonrisa de oreja a oreja. Alcancé la puerta y el chofer me hizo una seña que me daba a entender que lo esperara en la siguiente calle. Incluso con ese pequeño retraso, llegué corriendo, en mi nariz estaba aún el olor a vainilla que poco a poco se intensificaba, no entiendo por qué, pero de verdad esperaba que fuera Daniela; aunque ya sabía quién era, no perdía la esperanza de verla esperándome para sentarme a su lado. Cada escalón era un paso más para volver a apreciarla. Pagué, me

limpié un poco el sudor, subí la mirada, veo varios asientos vacíos y ella en el mismo de siempre con aquella mujer que tenía baja la mirada. Pasé a un lado de ellas, ambas seguían sonriendo mientras veían su celular. Me senté justo detrás, ni siquiera se dieron cuenta de mi presencia.

El corazón me palpitaba en los oídos. Quizá la agitación, quizá los nervios. Por alguna razón, sentía como si estuviera haciendo algo prohibido. Mis sentidos, por más que intentaba concentrarme en otra cosa, como las calles que pasaban al otro lado de la ventana del camión, estaban fijos en Carmen. Su perfume de vainilla era hipnotizante y no podía sacarme su apariencia de la mente. En cada suspiro estaba el nombre de Daniela, o quizá estoy confundida y este gran deseo que siento es porque quiero verme igual de bien que Carmen con ese rojo carmín que luce, aunque sea un día como cualquier otro.

Entre las miradas furtivas a Carmen y su acompañante, tuve la sensación de estar interrumpiendo algo que no debía ver, a pesar de que apenas levantaban los rostros de sus celulares. Las pocas miradas que compartieron me hacían sentir extraña. No podría describir por qué, incluso si lo intentara, pero era como si con la más pequeña de las miradas, de apenas un segundo, logran comunicarse más que con las palabras que les permitiría un aliento. Quizá por eso no hablaban en absoluto. A las miradas usualmente seguían sonrisas pequeñas pero que les iluminaban todo el rostro, como escondiendo el enigmático

secreto de la felicidad. Y volvían a enfrascarse en sus teléfonos.

Llegué a tanto en observarlas y en descifrar su lenguaje, que no me percaté de que la otra mujer me miraba. A pesar de ser una mirada corta, como con las que se comunicaban ambas mujeres, no era en absoluto parecida a las que le dedicaba a Carmen. Sentí un nudo en el estómago, como cuando de niña me descubrían haciendo algo para lo que no tenía permiso, y decidí que era hora de bajar del camión. Era una parada antes de llegar a la prepa, por lo que tendría que caminar un poco, pero mis nervios tomaron el control y, antes de pensarlo bien, ya me había parado del asiento, caminado por el pasillo hacia la salida y presionado el botón para pedirle la parada al conductor.

El camión se detuvo a los pocos segundos, pero la curiosidad se apoderó de mi fuerza de voluntad. A pesar de sentir la mirada del chofer por el espejo, me escabullí en los asientos hasta el fondo, intentando hacerme pequeña y dejándome caer hasta quedar medio sumida en el asiento. Desde ese punto privilegiado, sin nadie más en el camión, pude notar que Carmen y su misteriosa compañera ya no se miraban. Habían levantado sus rostros, pero ambas miraban hacia el frente, serias y sin pronunciar palabra. Quería saber a dónde se dirigían, por qué Carmen iba tan arreglada y qué era la una de la otra.

Al llegar casi al extremo de la ciudad, el conductor se estacionó junto a un lote baldío y sin decir palabra

bajó de la unidad. Después de un par de minutos, Carmen se asomó un poco desde su asiento, como buscando al chofer, sin éxito. Por primera vez desde que me moví de asiento, Carmen volteó a ver a la otra mujer, ahora sí por más de unos cuantos segundos. Aunque no pronunciaron palabra, parecieron llegar a un acuerdo mutuo y ambas bajaron del camión por la puerta de enfrente, una detrás de la otra.

No se habían percatado de que yo seguía ahí, y contrario a lo que mi lógica me decía y esperar ahí sentada a que volviera el conductor para poder seguir el trayecto hasta regresar a casa, bajé del camión tan rápido como pude. Vi cómo daban vuelta en la esquina y comencé a seguir las. No sabía qué haría si por azares del destino una de ellas volteaba y me veía; sería la segunda vez ese día que me atraparían espiándolas. ¿Podrían decirle a alguien y meterme en problemas?

Al girar en la esquina, vi que habían cruzado a la acera del frente. Parecían ir tomadas de la mano, aunque no se distinguía bien entre los olanes del vestido de Carmen, y sentí de nuevo el nudo en mi estómago. No puedo describir con exactitud mis sentimientos: ¿sorpresa?, ¿curiosidad?, definitivamente muchos nervios. Estaba confundida. ¿Quién era aquella mujer y por qué Carmen tomaba su mano?

Caminé siguiendo sus pasos por unas cuadas más, hasta que llegaron a un jardín escondido entre casas pequeñas y calles cerradas. Decidí quedarme sentada en una jardinera que estaba a espaldas de la

banca que escogieron la mujer y Carmen, escondida por un árbol de bugambilia. Conseguía ver entre las ramas y flores de la planta, a la vez que estaba protegida por la frondosidad de la misma. Tenía mi teléfono y audífonos en las manos, de ese modo, quien quiera que me viera pensaría que estaba haciendo algo más que observarlas, aunque en realidad toda mi atención giraba en torno a ellas, como si mi vida dependiera de ello.

Pasaron unos minutos antes de que comenzaran a acortar la distancia entre ellas y al volver a fijar mi mirada en el misterioso par, tras observar alrededor para asegurarme que nadie estaba siendo testigo de mi reprobable actividad como espía, Carmen había dejado reposar su cabeza en el hombro de la mujer del camión. Veía sus cabellos mezclarse, negro con castaño. Comencé a imaginar que Daniela se recostaba en mi hombro, justo como Carmen hacía en esos momentos con la misteriosa mujer. Si Daniela hiciera eso, entonces me gustaría pasar mi brazo por sus hombros. Quizá acariciaría su cabello, tan suave siempre... ¿Pero en qué estaba pensando? Seguro por esas cosas se había alejado y ahora ni siquiera me hablaba, a pesar de que éramos grandes amigas hace apenas unos meses.

Cuando volví de mi imaginación, no podía creer lo que veía. Parecía... Pero no podía ser. Carmen tenía esposo, eran mis vecinos. Pero estaban... Una oleada de calor recorrió mi cuerpo, esta vez segura de que estaba viendo algo que no debía ver. Sin pensarlo

dos veces, salí corriendo en dirección a mi casa. Debí correr unos diez minutos sin parar, porque antes de pensarlo ya estaba con la respiración acelerada y cortada, me detuve un poco. Mi corazón no dejaba de latir y mis manos de sudar. Mis piernas temblaban, pero no entendía por qué. Es decir, yo no hice nada malo. Pero ver a Carmen con esa mujer...

Seguí dándole vueltas y vueltas a esa imagen, comenzando a caminar con más calma, pensando en qué debía hacer. Sin duda no podía contarle a nadie. ¡Qué diría mi mamá si se enterara que no sólo había espiado a otros en el camión, sino que seguí a alguien fuera de este! Y lo que vi... Sin duda me regañaría. Estoy segura que me castigaría por siquiera contarle y pronunciar esas palabras. Dos mujeres besándose... Quizá un poco de música me calme... ¿Y los audífonos? No puede ser, los dejé en el jardín donde están ellas. Si los dejo no saldré de casa en todas las vacaciones, pero si regreso y me ven estaré también en problemas, no sé qué hacer. Mi corazón sale del pecho y en lo único que puedo pensar es en Daniela, no entiendo por qué ella está presente si ni siquiera me voltea a ver en la escuela y no tiene nada que ver con esto. Yo la quiero, pero no sé si la quiero igual que Carmen a esa mujer, no sé si eso está bien o mal. ¡Basta!

Corrí al jardín, pero ya no estaban los audífonos; supongo que fueron fáciles de encontrar para alguien más. Con la mirada en el piso, dudas en mi mente y el corazón en mi mano, sintiéndome derrotada, caminé

a la parada más cercana, pero volví a sentir ese olor a vainilla. Más y más intenso. Me detuve para contemplarlo, porque quién sabe si lo volvería a sentir.

—Oye. —Escuché muy tenue, pero fuerte en el hueco de mi pecho—. Pasé por aquí y vi esto, como siempre los llevas puestos en la escuela fue fácil deducir que son tuyos.

¿Daniela? Sólo volteé y la vi. Estiré mi mano y le dije que sí con la cabeza. Me quedé en blanco.

—Quizá es raro, pero estoy aquí para ver a mi tía, ¿no la has visto? —me dijo.

—No, no ubico a tu tía —le respondí.

—Sí, es ella, mira, ahí viene.

No fue necesario voltear; el sonido de los tacones me lo dijo todo. Carmen era su tía. Daniela corrió para abrazar a Carmen, en susurros le pidió que me llevaran a casa.

—Vamos, vivimos al lado, ¿no? —me dijo su tía.

—Sí. —No pude responder más.

En el camino a casa, se disculpó por el aroma intenso a vainilla. Daniela me contaba cómo era su fragancia favorita porque era de su tía favorita, aquella mujer que se había casado con un buen hombre y esperaban tener una familia ejemplar. ¿Pero cómo, si acababa de besar a una mujer? Engaña a su esposo. Sonreí, sabiéndome parte de su secreto, y notaba las miradas de Carmen por el retrovisor. De sus labios

carmín salió la invitación a comer en su casa. “No creo que mamá me deje”, contesté. Rápidamente, Daniela se ofreció para pedir permiso por mí. Pero no fue necesario y simplemente entré a la casa, no quería que mamá se enterara que no estaba en la escuela.

Apenas al entrar a la casa de Carmen, había una foto con aquella mujer, ambas en la misma posición que tenían en el jardín: Carmen recostada en el hombro de ella, sólo faltaba el beso. Detrás de esas fotos estaban, un poco empolvadas, sus fotos de boda. Daniela la mencionó como su tía lejana, Carmen se sonrojó y dijo con mucho orgullo en su voz: “Es mi mejor amiga de toda la vida”. ¿Ser mejor amiga de esa mujer le permite quererla como yo siento querer a Daniela? No entiendo nada. Después de sentarnos a comer, Carmen comenzó a contar todas las historias con aquella mujer, Lucila. Ese es su nombre, el nombre de toda su vida, el destello de ese nombre se reflejaba en sus ojos, en las palabras llenas de calidez cuando la mencionaba, al parecer ella estuvo en todo momento y curiosamente lo sigue estando, en las buenas y en las malas. Justo como yo quería que Daniela fuera parte de la mía... Carmen se fue de la mesa para limpiar los platos. Daniela y yo reíamos de los recuerdos y vivencias de su tía, cuando, sin darle más vueltas en mi cabeza, voltee y le pregunté:

—Daniela, ¿te gustaría ser mi mejor amiga?

Mi identidad

Roberto Manuel Arellano Arceo
Facultad de Trabajo Social

Desde que tengo memoria, nuestra familia estuvo formada inicialmente por mi padre y mi madre, quienes desempeñan roles bien definidos: mi madre se encargaba de las tareas domésticas, mientras que mi padre trabajaba en el área de cobranza junto con mi tío. Durante la semana, mi padre estaba completamente dedicado a su trabajo y los fines de semana descansaba. Al principio, vivíamos con mi abuela materna debido a que nuestra situación económica no nos permitía independizarnos. Observaba cómo mi abuela inculcaba a mi madre la importancia de las tareas del hogar, repitiendo constantemente la frase: “Debes consentir a tu marido”. Así, estos roles y conductas se repetían en nuestro hogar, con mi madre asumiendo la responsabilidad total del hogar mientras mi padre se dedicaba al trabajo.

Con el tiempo, logramos mudarnos a otro hogar, lo que fue un impacto para mí, ya que significaba

empezar de nuevo en cuanto a amistades y alejarme de la familia cercana. Fue entonces cuando mi padre comenzó a inculcarme ciertos ideales sobre lo que significaba ser hombre: jugar fútbol, practicar deportes, disfrutar de los videojuegos y mostrar interés por las mujeres. A los ocho años, me integré en un equipo de fútbol, lo cual me llevó a desarrollar un gusto por este deporte.

Tres días a la semana mi tío me recogía para llevarme a entrenar con un equipo juvenil conocido como los “Pumitas”. En esa etapa, pasaba poco tiempo en casa, mientras que mi madre continuaba en el hogar, aislada por no tener amistades o, como ella decía, para evitar problemas. A los diez años, las tensiones en el hogar aumentaron. Mi madre quería trabajar y obtener independencia económica, lo que generó conflictos con mi padre, quien no estaba de acuerdo. Él solía decirle: “Tu única obligación es estar con nuestro hijo”. Sin embargo, en medio de estas tensiones, mi madre se enteró de que estaba embarazada de mi hermano menor, lo que añadió nuevas complejidades a nuestra dinámica familiar.

Durante los siete meses de embarazo de mi madre, nuestra relación se fortaleció. La ayudaba con las tareas del hogar y, a veces, incluso mi padre se unía a nosotros en estas labores. Las cosas se mantuvieron tranquilas durante el embarazo, pero poco después, mi padre sufrió un accidente grave que lo dejó en coma durante una semana. Cuando fue dado de alta, no podía moverse completamente debido

a las fracturas. Mi madre, embarazada y sin ayuda externa, se encargó de él: lo bañaba, lo vestía y lo atendía en todas sus necesidades básicas.

Cuando nació mi hermano, las tensiones llegaron a su punto máximo, y mis padres se separaron. Yo, con once años, decidí quedarme con mi madre, sintiendo más afinidad hacia

ella. Durante un año, asumí muchas de las responsabilidades del hogar, ya que mi madre comenzó a trabajar. Cuidaba de mi hermano menor, aprendí a cambiar pañales, preparar biberones y cumplir con las tareas domésticas, algo a lo que no estaba acostumbrado debido a la resistencia de mi padre a que las realizara.

Con el tiempo, mis padres intentaron reconciliarse. Mi padre aceptó finalmente que mi madre trabajara, aunque seguía oponiéndose a que saliera con sus amigas. Por tres años, los conflictos disminuyeron, hasta que mi madre abrió su propia lavandería y comenzó a generar ingresos por cuenta propia. Mi padre no parecía estar contento con esta nueva independencia de mi madre, lo que llevó a una nueva separación, esta vez en buenos términos, cada uno siguiendo su propio camino.

En esta ocasión, decidí irme a vivir con mi padre, ya que la relación con mi madre se había deteriorado. Mi madre había adoptado conductas violentas, tanto físicas como psicológicas, desde la separación, lo que hacía difícil convivir con ella. Con mi padre, encontré un ambiente más tranquilo y me integré fácilmente

con su familia, sintiendo una mejor conexión con los hombres en general.

Durante dos años, mis padres se encargaron de nosotros de manera separada. Sin embargo, un día mi madre conoció a su nueva pareja, lo que llevó a que mi hermano menor comenzara a ser descuidado debido a su ausencia. Mi padre argumentaba que ella no cumplía con su rol, mientras que yo, más maduro, intentaba defenderla comprendiendo su situación. Finalmente, mi padre decidió traer a mi hermano a vivir con nosotros, insistiendo en que debíamos mantenernos unidos como hermanos. Así, a los cuatro años, mi hermano se unió a nosotros, y con el tiempo, incluso mi padre comenzó a adoptar una nueva mentalidad, involucrándose en las tareas domésticas de una manera que antes no habría considerado.

Mi madre se fue a vivir a Monterrey con su nueva pareja. Sin embargo, según lo que me ha contado y lo que he podido observar, parece estar reviviendo las mismas dinámicas que experimentó con mi padre, pero de una manera más marcada. Con el nacimiento de mi hermanastra, su situación ha cambiado drásticamente: ha dejado de salir con sus amigas y se ha quedado confinada en el hogar nuevamente. Pero esa es una historia que merece ser abordada en otra ocasión...

Identidad de género en diferentes sociedades

Kenia Alexandra Manzo Estrada
Facultad de Trabajo Social

En la actualidad la identidad de género ha tomado gran relevancia dentro de la sociedad, pues esta es un constructo fundamental que define cómo las personas se perciben a sí mismas y son percibidas por los demás. Este concepto no sólo abarca el sentido interno de ser hombre, mujer, o una identidad no binaria, sino también el conjunto de características y roles que las sociedades asignan a cada género. Estas características y roles no son universales, sino que varían significativamente entre diferentes culturas y épocas, reflejando un complejo entramado de expectativas, oportunidades y derechos.

Un recuerdo que fundamento mucho con la identidad de género es que no es percibida de la misma manera en las diferentes partes del mundo, pues en cada lugar la toman de diferentes maneras. En mi experiencia dentro de la movilidad que realicé

en Málaga, España, es donde me pude percatar que la identidad de género no es un tema tan normal como lo es en la sociedad mexicana y como se vive actualmente, pues no hay el famoso lenguaje no binario, este es “el lenguaje que explicita la inclusión de las personas no binarias mediante la utilización de los cada vez más populares morfemas -e y -x de manera que sustituyan los morfemas masculinos y femeninos por los mencionados, respetando las reglas ortográficas”. Esta forma de escritura o habla allá no se ve, no es algo que se piense implementar y, actualmente, dentro de mi facultad los maestros y maestras están tratando de implementar cada vez más este tipo de lenguaje.

En sociedades en desarrollo, como en muchas regiones de África y Asia, los roles de género tradicionales siguen siendo muy marcados. En estos contextos, las expectativas sobre el comportamiento masculino y femenino pueden estar profundamente arraigadas en prácticas culturales y religiosas. Por ejemplo, en algunos países africanos, las mujeres a menudo enfrentan limitaciones significativas en términos de educación y oportunidades laborales, basadas en creencias tradicionales sobre el papel que deben desempeñar en la sociedad. Estas normas no sólo restringen las oportunidades de las mujeres, sino que también perpetúan desigualdades de género que pueden ser difíciles de superar.

De esta manera es muy complicado cuando lo vives personalmente, pues cuando fui a Marruecos,

en cuestión de ver mujeres trabajando en las calles, era nulo. Para esto, en todas las calles eran los hombres los que estaban vendiendo, atendiendo y trabajando, pues es un país donde sus costumbres se derivan de diferente manera, tienen costumbres diferentes, están acostumbrados a diferentes cosas que en otros países son normales. Alrededor de las partes en las que estuve conociendo, la que más me sorprendió fue Marruecos, pues es un país sumamente conservador. Un amigo que se identifica con otro género tuvo que fingir ser hombre, con el fin de no tener problemas al conocer Marruecos, pues a los hombres que se les observe con otro hombre de maneras inadecuadas para ellos, son llevados a la cárcel, pues ahí como lo explicaron es un delito.

Por otra parte, en Marruecos también restringen el uso de ciertas aplicaciones, pues hay una que es para conseguir novio del mismo género y para esto ellos prohibieron este tipo de páginas, teniendo que fingir ser otra persona, por el miedo a sufrir alguna consecuencia, por identificarse con otro género cuando esto debería de ser normal en todo el mundo, pero no todas y todos entienden estos puntos, pues el contexto de las partes cambia rotundamente.

La identidad de género es una cuestión muy distinta en cada parte, puesto que en Marruecos no te dejan ser libre ni expresarte, los hombres son los dominantes. En España es muy distinto, no es un tema hablado, pero se respeta; pero hay ciertos límites, como con lo del lenguaje no binario que se está

implementando en México. En Italia esto es también un tema que no se habla, conociendo a un italiano en la movilidad él comentó que se identifica con otro género, pero de donde él es no es algo común, por lo cual trata de ocultarlo. Lo que es Alemania, exactamente en Berlín, es un tema también muy poco común; ahí no es ilegal identificarte con un género distinto a tu sexo, pero es por esto que los turistas tienen mucho cuidado con este tipo de situaciones pues no sabrían cómo afrontarlas.

Es por esto que creo que en todos los países esto debería de ser un tema para tomarlo en profundidad, y no dejarlo únicamente al aire, sino considerar estos ejemplos para cambiar nuestra propia perspectiva, pues al yo haber viajado por distintas culturas te das cuenta de cómo está el mundo allá, que cada país es diferente.

La identidad de género es un aspecto profundamente complejo y variado que refleja las diferencias culturales y sociales en todo el mundo. Aunque las expectativas y los roles asignados a hombres y mujeres han evolucionado en muchas partes del mundo, todavía existen desafíos significativos en la lucha por la igualdad y el respeto a todas las identidades de género, es por ello que poco a poco la sociedad se va transformando. Por esta razón yo veo a México como un país en el cual la identidad de género es un tema que se puede hablar normalmente, aunque claro hay muchas cosas que se necesitan cambiar. Este tema va por buen camino, por lo cual se debe

estar consciente de que se necesita un gran giro y un reconocimiento de cómo las personas luchan día con día para poder cambiar este tipo de situaciones, en donde se necesita transformar las normas.

Entre líneas de viento...

Alondra Yadira Barajas Mariscal

Bachillerato 29

Sola, sin nada que hacer... Esa era yo a mis nueve años, mientras iba a la primaria, jugaba y me llenaba de risas con todos mis compañeros, era tan feliz, pero, siempre sentí que algo me faltaba. Me veía y no sabía quién era, no sabía si eran dos personas en una o si de verdad necesitaba dormir para poder pensar las cosas de manera clara, y mientras divagaba entre lo más profundo de mis insólitos pensamientos, me habló una amiga...

—¡Hola!

—Hola, Yahaira. ¿Cómo te va?

—Bien. ¿Y a ti?

—Dos que tres de buenas. Oye, ¿quieres jugar fútbol?

—Sí, claro, pero ¿no me dirán algo?

—No lo creo.

—Está bien, iré a jugar; siempre me ha dado curiosidad cómo se juega ese deporte.

—¡Oigan, chicos! ¿Podemos jugar fútbol con ustedes?

—¡No! Ustedes son mujeres y no pueden jugar a esto, ¿o acaso son marimachas? Ja, ja, ja —Dijeron mientras se reían grotescamente.

Ese día los miré con tanto odio y decepción, que a mi cabeza venían pensamientos de cómo reclamarles de cosas. Cuando estaba al borde del llanto llegó un maestro y les dijo:

—Con que muy hombres, ¿no? Si son tan hombres por qué no la invitan a jugar un penal, para ver si es cierto que las mujeres no pueden.

—Está bien, pero va a ver que la que terminará humillada ¡es ella!

Empecé a jugar mientras devoraba todo a mi paso, todo el tiempo metía goles y goles, y mientras más encestaba más quedaban humillados todos los que me echaron en cara que no podía...

—¡Maldita seas! Es imposible que una maldita mujer me haya ganado, ¡es injusto!

—Pues ahora te toca aguantarte, Mauricio, yo gané a la buena.

—Profe, ¡dígame algo!

—No puedo decirle nada, ella ganó de manera limpia, así que aprende a perder si no quieres que te ponga una plana por chistosito.

—Está bien, maestro. —Dijo cabizbajo.

Llegué a mi casa dispuesta a contarle mi gran hazaña a mi abuela, pero ella no lo tomó de la mejor manera.

—Abuela, hoy le gané en el fútbol a mis compañeros, les dejé claro que las mujeres ¡sí podemos!

—¿Eres marimacha?!

—No, pero...

—Pero nada, esos juegos son para hombres, de tanto andarte juntando con Fabricio se te está pegando la maña.

—¿Y qué tiene que ver Fabricio?

—Pues que es un maricón, no vez cómo camina, ¡camina como mujer!

En ese momento pasó por mi mente un pensamiento de dudosa procedencia: “Entonces, ¿no debo de caminar como él? Porque si lo hago mi abuela me dirá maricón a mí también... Un momento, por qué estoy diciendo eso si no soy hombre, ¿o sí?”, dije entre mis vagos pensamientos.

—Creo que me iré a cambiar...

—Está bien, espero y analices de manera correcta esto que te estoy diciendo, porque si te lo digo es por tu “bien”.

Me fui sin decir nada, y mientras me cambiaba me dio la curiosidad de verme hacia el espejo, y analizar mi cuerpo detalle por detalle, me miraba, y por más que intentaba comprender cada cosa que tenía en mi cuerpo, dije en voz alta: “como que parezco mujer, ¿no?”.

Esa pregunta me invadió cierto tiempo, hasta que llegué a la secundaria, estaba tan desolada en ese momento, pues no tenía amigos, y la única que

había tenido se había peleado conmigo... Ahí conocí a Tania, una mujer maravillosa con la cual compartí miles de momentos bonitos, hasta que vino la “confusión”. Me sentía tan bien con Tania, que llegué a tener sueños un tanto extraños que nunca había experimentado antes, me preguntaba qué estaba pasando conmigo, no sabía nada sobre internet ni de cómo usarlo, hasta que una amiga me enseñó. Un día, agarré el celular de mi abuela y escribí en el navegador: “¿Por qué tengo sueños con una chica?” Este me decía la respuesta y cada respuesta era una duda más añadida a mi historial, hasta que llegué a una respuesta que me dejó más en duda: “Estás explorando tu orientación sexual”.

¿Orientación sexual? ¿Con qué se come? ¿Qué es eso? Investigué y analicé cada definición, pero no entendía nada, absolutamente nada, hasta que llegué a una orientación un tanto rara: “Demisexual”. ¿Será? No lo creo, pero si me siguen pasando este tipo de cosas, lo mejor será disimular y andar con chicos, como toda mujer “debe de ser”.

Intenté e intenté andar con chicos, pero sólo se aclaraba más y más el hecho de que me gustaba mi mejor amiga, más no los demás; se me hacían tan insípidas todas y todos en general, mi órbita sólo estaba enfocada en ella, pero... nunca me atreví a confesármele por el simple hecho del miedo que tenía y, además, no estaba preparada psicológicamente para las cosas que se aparecieran en mi camino.

Pasaron los días, los meses y los años, y fueron haciéndose aproximadamente dos años, estaba tan decidida a decirle a mi abuela sobre mi orientación, pero sentía que algo más faltaba, a veces no me sentía mujer, y a veces no sabía quién era, parecía una duda existencial andante, no sabía a quién decirle, porque tenía miedo de que me juzgaran de manera tan feroz que nunca en mi vida volvería a tocar el tema.

¿Por qué me siento tan vacía? Sé todo sobre mi orientación, pero, ¿qué hay sobre mi identidad? A veces no sé quién soy, a veces me siento hombre, a veces me siento mujer, no sé qué tengo, y tengo 16...

En ese tiempo siempre me pregunté muchas cosas con respecto a mi identidad, pero no tardé mucho en averiguar, pues conocí a una amiga por redes sociales, teníamos mismos gustos, hasta que me preguntó algo...

Chat

—¿Cuál es tu identidad de género?

—Aún no lo sé, a veces siento que soy mujer y a veces siento que no soy nada...

—¿No serás género fluido? Porque yo así empecé, dudando, sintiéndome vacía, sin saber qué me pasaba, hasta que indagué por el internet y ahí supe que era género fluido.

—¿Qué es eso?

—Género fluido es cuando te sientes identificado con los dos géneros, y a veces sientes que no te identificas con ninguno.

—Oh, tal vez deba de indagar más sobre esto,

pues puede que sea y puede que no, pero todo puede pasar.

—Sí, invéstigalo y reflexiónalo, porque puede sacarte de muchas dudas.

Fin del chat

Investigué y me quedé atónita con los resultados que arrojó la red. Estaba aún confundida, no sabía cómo reaccionar ante tal definición, pues me sentí tan identificada en todos los aspectos, que me dio un poco de miedo, miedo a decirlo, y miedo a serlo, porque siempre miraba en las noticias sobre cómo mataban a personas por ser como eran, o peor aún, por hacer valer sus derechos, por manifestarse, los tratan como si fueran un objeto, cuando en realidad no lo son, todos son seres humanos, y siempre me he preguntado y siempre he querido saber... ¿Por qué dicen que somos iguales y defienden los derechos cuando en realidad es lo contrario? ¿Por qué hay tanta hipocresía entre la gente cuando se supone que nos debemos ayudar el uno con el otro? ¿Por qué las empresas promueven la equidad en sus anuncios cuando en realidad es todo lo contrario?

Todos somos una moneda y siempre resultamos ser un arma de doble filo, a veces tenemos cualidades y las aprovechamos para el bien común, pero, ¿por qué hacer daño al prójimo si no te debe nada? ¿Para qué cortar las alas? Todo eso pasó por mi mente, tenía miedo por tantas cosas, tenía miedo por mis amigas feministas, tenía miedo por aquellos que no

han hablado, por aquellos maestros que salen a protestar, por todos aquellos que exigen un trato justo.

Siempre he vivido en un mundo tan podrido que estoy preocupada por entrar en uno de esos grupos a los cuales la antigua generación odia con todo su ser; me preocupaba la reacción que tendrá mi madre y mi abuela cuando un día les cuente, pues ellas hablan tan mal de la comunidad, que siento que si un día lo digo me matarán a golpes... Porque siempre están esas personas que le encuentran una solución, una “curación”. No entiendo a tales personas, sé que no cambiarán y así se van a quedar. Todo eso quedaba entre mis pensamientos, entre esas líneas de viento invisibles que rodeaban todo mi entorno, y tendré que entender que el mundo siempre será así de “podrido”.

¿Qué debería hacer? No sé ni cómo entablar una conversación con mi madre, no le tengo confianza a mi abuela, no sé a quién decirle primero sobre esto, no lo sé, no lo sé —dije pensando mientras lloraba en silencio entre las almohadas de mi cama— pero tengo que hallar la manera de poder decirles, tengo que... Igual se van a enterar algún día —dije aún pensando.

Al amanecer decidí preguntarle a mi amiga a distancia, ella sabría qué decirme, pues a pesar de habernos conocido hace poco, a ella le tenía y aún le tengo más confianza.

Chat

- Tengo miedo.
- ¿De...? ¿Qué pasó?
- Quiero salir del clóset, pero no sé con quién...
- Primero, dile a tu abuela, y ya después le dices a tu mamá.
- Está bien, le diré, pero tengo bastante miedo.
- Tú dile, es mejor una bofetada que a no decirle.
- Tienes razón, le diré más al rato.
- Muy bien, me avisas cómo te fue.

Fin del chat

Mi mamá llegará más tarde, así que no me queda más opción que decirle a mi abuela, tengo miedo, pues ella, ya está vieja.

- Abuela... Tengo que hablar contigo.
- Dime.
- Soy demisexual, y soy género fluido.
- ¿Pero qué estupidez dices?! ¡Eso es una abominación! ¡No puedo creer que tenga una nieta enferma! ¡Tú te juntabas más con los niños, te gustaba lo rosa! ¡¿Fue el Fabricio ese, verdad?! ¡No, él no fue! ¡Ya era así y tú no te diste cuenta! ¡Cállate! —dijo— y me dio una bofetada. Dije que eras mi orgullo, pero ahora “me decepcionaste”.

En ese momento lloré lo más que pude y me fui a mi habitación, sabía la reacción que pondría mi abuela, pero no estaba preparada para recibir tal

desprecio. Al día siguiente hablé con mi mamá, pero lo que no esperaba era...

—Mamá, quiero decirte algo.

—Mande, Alo.

—Soy demisexual, y soy género fluido... perdón.

—Hija, eres mi orgullo, puedes ser como quieras. Puedes amar a quien sea, mientras tú seas feliz yo lo estaré... ¿Con qué pronombre te llamo ahorita? Gracias por confiar en mí.

—Con el de “él”, por favor. Gracias, mamá, por comprenderme y aceptarme, te quiero mucho.

Desde entonces ella me ha apoyado en lo que sea, la quiero mucho y también a mi abuela; aunque no reaccionara igual, sé que se irá adaptando conforme pase el tiempo.

Una mirada a la vida de la comunidad trans

Roberto Preciado Palacios
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Soy un estudiante de licenciatura y también un integrante de la comunidad LGBT+; en esta ocasión no quiero hablar sobre mí, de quien en verdad pienso hablar es sobre la comunidad trans, y es porque a consideración personal forma parte de los grupos vulnerables que más obstáculos presentan en la sociedad; esto prácticamente lo puedo confirmar con mi trabajo de investigación que lleva por nombre “El malestar social que genera la transfobia laboral en la ciudad de Colima ¿una realidad sin visibilidad?”. En ésta, como su nombre lo indica, busco darle cierta visibilidad a lo que en ocasiones la sociedad no percibe, que es justamente la transfobia en espacios laborales.

Entrevistar a personas trans fue una experiencia que genuinamente nutrió mi conocimiento sobre esa realidad que estoy buscando plasmar en mi trabajo de investigación; las diversas historias que en su

mayoría mujeres trans me narraron muestran todos aquellos obstáculos que las personas trans pueden llegar a enfrentar en la sociedad actual.

Una de las tantas razones que logré observar que podrían ser parte del porqué la transfobia sigue tan vigente hoy en día, es la familia, que en sí forma parte muy esencial de la vida de cualquier persona, pero más de una perteneciente a la comunidad trans, ya que como bien me lo llegaron a mencionar las personas trans por lo regular salen del closet dos veces, ya sea como persona gay o lesbiana, y de ahí como persona trans (mujer, hombre, o no binarie).

Y justamente en este último paso que dan es donde regularmente la familia no acepta el hecho de que algún familiar cercano como un hijo, hija, hermano, hermana, etcétera, transicionen. Este acontecimiento en la vida de las personas les genera cierta “inestabilidad”, porque al no ser aceptados por el núcleo principal con el que convivieron, prácticamente toda su vida y del que confían, a la hora de salir ante la sociedad les genera más inseguridad de lo que ya viven, por justamente la falta de un lugar seguro permanente.

En las personas trans los lugares seguros son de vital importancia para lograr vivir sin miedo, es por ello que los espacios laborales que por lo regular es donde se pasa la mayor parte del tiempo, deben tener las condiciones adecuadas para que cualquier persona pueda trabajar sin ningún tipo de problema. En el caso de la comunidad trans esto no es así, la falta de políticas claras antidiscriminatorias condena

a las personas trans a vivir en espacios laborales en donde se les agrede verbalmente con comentarios pasivo agresivos o agresivos por parte de compañeros; eso fue lo que me confirmaron mis entrevistadas.

No sólo existen esas acciones por parte de compañeros, sino que también a la hora de buscar empleo sufren discriminación por parte de las personas encargadas de recursos humanos, en donde estas se dirigen a ellas con los nombres que ya no las identifican, generando un claro descontento por parte de las chicas trans que están en busca de un empleo digno. Pero esto no solamente se queda ahí, sino que en algunos casos a las chicas trans les tocaba trabajar en servicio al cliente y tenían que portar un gafete con su nombre; la empresa les obligaba a portar su nombre anterior, lo que las convertía en blancos fáciles para clientes transfóbicos, quienes con toda la alevosía y ventaja aprovechaban para hacerles pasar un momento incómodo. Y estos hechos poco les importan a las empresas en donde las chicas laboran.

Lo curioso aquí es que algunas de esas empresas, cuando es el mes de junio, en redes sociales difunden que ellos respetan a toda la comunidad LGBT+ en sus espacios laborales, cuando en la realidad es todo lo contrario, exponiendo de esta manera la verdadera cara de la empresa. Y dudo que las empresas que me llegaron a mencionar sean las únicas que se “cuelgan” del movimiento LGBT+ para así decirle a la sociedad que ellos hacen las cosas “bien”.

Por otro lado, no se debe olvidar el papel tan importante que puede llegar a jugar la figura del Estado, y que en la perspectiva que tienen mis entrevistadas, esta figura ha hecho poco o nada para reducir la transfobia en la sociedad colimense. Ellas —y no tengo duda que demás personas de la comunidad trans— no se sienten realmente identificadas, identificados, e identificadas con las actuales administraciones tanto de los órdenes de gobierno como de los poderes de gobierno.

Un ejemplo que plasma ese poco compromiso de las autoridades gubernamentales lo mencionó una chica entrevistada que se dedica al trabajo sexual. Ella menciona que en ocasiones fuerzas del orden público de todos los órdenes de gobierno (municipal, estatal y federal) la acosan; a ella y a más chicas trans que también se dedican al trabajo sexual, las amenazan con que si no se “mochan” (como se le conoce coloquialmente a la acción de sobornar una autoridad), se las llevarán a los separos con la justificación de que se les encontró haciendo cosas indebidas en la vía pública. En este caso se ve una clara transfobia y corrupción de autoridades que se supone que están para proteger a cualquier persona; otro ejemplo en el que la mayoría de las chicas coincidió fue que lo único relevante que ha hecho el H. Congreso del Estado de Colima fue la aplicación de la “Ley de Identidad de Género” en 2019, y fue todo; desde ese año las chicas comentan que el tema de diversidad sexual e identidad de género parece olvidado por las autoridades.

Para cerrar mi aportación, quiero mencionar que el público que lea esto —sea parte de la comunidad LGBT+ o no— tenga una idea de lo que algunas personas trans pueden llegar a sufrir en la sociedad, y que para la próxima vez que intenten hacer comentarios transfóbicos piensen dos veces antes de hablar, porque en verdad la vida de la comunidad trans es sin lugar a dudas una de las más complicadas. Con esto hago un llamado a las autoridades gubernamentales, como a la sociedad civil, para trabajar en conjunto y así reducir las lgbtfobias. A las autoridades desde su trinchera en la que pueden hacer cambios estructurales en las leyes, como a la sociedad que también desde nuestras trincheras tratemos de hacer cambios, como por ejemplo, algo tan simple como respetar. Y que cada uno de nosotros aportemos un granito de arena a la causa, para reducir esta problemática que se vive tanto en nuestro Estado como en nuestro país.

Una historia de tránsito

R. Yamil Cruz Rodríguez
Facultad de Trabajo Social

—¿Por qué las cosas deben ser siempre de la misma manera?

—pregunté.

—Porque así es como siempre ha sido

—respondió mi abuela.

—Pero, ¿y si queremos cambiar las reglas?

—insistí.

En muchas ocasiones me cuestioné internamente sobre lo que realmente significaba ser hombre, porque yo sentía que no encajaba con los parámetros predeterminados, no quería seguir los roles tradicionales que voluntariamente a fuerzas eran aceptados socialmente. Era para mí muy difícil vivir en un contexto patriarcal porque, a pesar de que yo tenía “privilegios” sobre mi hermana mayor por el simple y tonto hecho de haber nacido varón, siempre fui afeminado, me gustaban las películas de Barbie, las muñecas de mis primas, y siempre me daban regalos de niño. Muy en el fondo me causaba conflicto que me regalaran cosas que no me gustaban.

Creo que nunca se me dijo directamente “lo que es un hombre”, pero siempre existió el contexto sexista patriarcal donde el que daba las órdenes era mi abuelo, mi papá o incluso mis tíos; donde mi abuela era la que cocinaba lo que a mi abuelo se le antojara; donde mi tía le servía la comida a su hermano; y en donde las mujeres siempre jugaron el rol servicial. Estaba tan normalizado que incluso hoy en día repiten el patrón de crianza en sus hijos.

Durante mi infancia, mientras descifraba el camino a seguir como hombre que debía ser, me encontré con dos ejemplos muy diferentes pero patriarcales en el fondo; mi abuelo que es un hombre de rancho con dos carreras, de contador público y docente de matemáticas en preparatoria, que le dio estudios a sus cuatro hijos, sus hermanos y mantuvo económicamente a mi abuela, responsable pero irreproachable; y en mi núcleo familiar, mi padre, un borracho sin estudio ni gracia, que buscaba cualquier trabajo que le impidiera estar en la casa el mayor tiempo posible, infiel y sin carácter, pues mi mamá siempre tomó las decisiones. Ambos ejemplos son ausentes emocionalmente con su familia.

Sin embargo, he tenido varias deconstrucciones de pensamiento durante mis cortos 21 años de vida. La primera surgió gracias a mi orientación sexual, pues siempre he sentido que las mujeres y yo... mejor de hermanas. Y mientras permanecía en el anonimato homosexual, veía las “comedias” mexicanas que denigraban a los gays con sus personajes misóginos

y machistas, “Carmelo”, “Julio Esteban” y “Yahairo”, que no sólo causan risa mediante la ridiculización de un grupo vulnerable, sino también educan y normaliza la humillación de la comunidad LGBTQIA+ en general, volviéndonos blanco de burlas y ataques de las personas por no seguir ni querer una “familia tradicional panista”.

A partir de aquí vienen muchos hechos importantes en mi vida, así que trataré de tener todos mis pensamientos claros y decisivos, diría Karina Torres. Hablemos primero de la vecina, la vamos a llamar “Juana” por cuestiones de privacidad, ¿Por qué es importante hablar de Juana? Pues juega un papel muy importante en el futuro.

Por allá del 2013, mi mamá comenzó a tener una amistad muy fuerte con Juana, al grado de pasar mucho tiempo en casa de ella, incluso de hasta quedarse a dormir allá un día, muy de pijamada ellas, eran tan amigas que a mi mamá se le olvidó que tenía hijos y nos dejó en la casa. Como pasaba mucho tiempo con ella, comenzaron problemas con mi papá, más de los que ya tenían por el alcoholismo y el dinero (problemas de familia mexicana promedio, ustedes entienden) y eran discusiones, tras discusiones, tras discusiones... Y en el trayecto, mi papá se alcoholizaba y nosotros nos moríamos de hambre.

En este lapso, estaba seguro de tirar para el otro lado desde los nueve quizás, pero me quedé callado porque me daba miedo y no tenía referentes de una persona que llevara una vida normal y tranquila como

cualquier persona heterosexual; no era bien visto en la calle ni en mi familia. En 2013 tenía 11 años y fue cuando decidí confesar ese secreto tan oscuro que no me dejaba vivir, no recuerdo qué me dijo, sólo tengo flashazos de ese día y recuerdo a ambos llorando, ella alzando la voz y yo tapado con una sábana en la cama, quizás me pegó con el cinto, quizás no, no recuerdo y no tiene importancia. No la juzguen, no estaba preparada para un “evento canónico” de este estilo para esos años.

Recuerdo que mi madre no me habló en los dos días siguientes a eso, pero la vecina Juana sí se acercó a mí, me dijo que le diera tiempo a mi mamá, que tenía que digerirlo pero que todo iba a estar bien. Como todo homosexual tradicional y respetable, lloré más al hablar con ella.

Volviendo a la historia de Juana. Yo no era tonta, sentía como “rara” la amistad de mi mamá con la vecina, nunca llegué a ver nada fuera de lo común, pero había una tensión extraña cuando estaban juntas, y apliqué la de “ojo de loca no se equivoca”, pero no me quedaba más que callar y observar.

Con el tiempo, llegó lo que algún día llegaría, la separación de mi papá y mi mamá, ya no había ganas de salvar algo que ya no había; cambiaron muchas cosas en mi día a día, pues como mencioné, con mis abuelos todo era patriarcal y era la idea con la que me había quedado de “ser hombre”. Ahora que mis padres se separaron yo me vi en la necesidad de pasar al matriarcado, en casa mandaba mi mamá y las mu-

jeres siempre estuvieron primero que los hombres. Nunca tuve el permiso de llorar o sentirme mal por alguna situación emocional, mi hermana tampoco, pues siempre nos amenazaban con la típica y famosa pregunta “¿te doy un motivo para que llores de verdad?”. Mi mamá fue una mujer de hierro y fría, amante de la perfección y el orden, pero siempre supe que su vida no había sido fácil, sin preguntarle alguna vez lo suponía.

Yo le hice frente a todas las personas homofóbicas de mi familia paterna, mis abuelos principalmente, y aunque nunca me dijeron nada, siempre hubo comentarios de “está bien lo que eres, pero no lo demuestrés”, “no te gustan las mujeres porque no ha llegado la buena”, “no te vistas de mujer”, etcétera, etcétera, y un largo etcétera. Me eduqué en internet porque ¿de dónde iba a informarme siendo un adolescente sin permiso de salir a ningún lado? Conocí la historia de “La Veneno” y quedé anonadado con semejante personaje, me sentí identificado, y curiosamente a Juan Gabriel es el único homosexual que respetaba la familia, así que me hice su fan automáticamente.

En algún punto, mi mamá sintió la confianza y la necesidad de liberarse, así que nos contó que la vecina Juana no era su amiga, era su novia. Se fue a vivir con nosotros junto con su hijo “Macedonio”; no pregunten por qué le decimos el “Mace”. Fue difícil para ella porque su madre no la aceptó cuando le contó años después, sin embargo, sus hijos la aceptamos y era todo lo que ella necesitaba para ser feliz

en ese momento.

Al pasar los años, entre dimes y diretes con mi familia paternal, me dejaron en paz, dejaron de hacer sus comentarios homofóbicos y aceptaron que no le daré descendencia al apellido y a la sangre de la familia. Encontrándome en la preparatoria, tuve mi primera discriminación por género que me topé en la vida, estudié en cierta institución que se jacta de igualdad de derechos, que es para quienes se quieren formar de docentes.

En algún evento patrio que organizó la escuela nos dieron la libertad de vestir el atuendo que quisiéramos y asistir a la convivencia, yo no vi mal maquillarme un poco, en mi ropa de hombre civil de hombre cisgénero, y cerca del final del evento me mandó a llamar el coordinador. Mientras caminaba a la oficina, la maestra que dio el recado me hizo este comentario: “El coordinador me preguntó que por qué vienes así maquillado, que si te ibas a disfrazar de payaso o algo. Le respondí que no sabía nada”, mientras se reía. Sólo asentí con la cabeza y entré con el coordinador.

De manera general, me dijo el mismo sermón de “te aceptamos, pero no vengas así a la escuela”. ¿La razón?, que tenían que ser imparciales en cuestiones de “ese tipo”, pues estaban educando a docentes de calidad y no era bien visto. Me pidió que me quitara el maquillaje y continuara con mis actividades. Lo hice para evitar más llamadas de atención y con el miedo de que afectara en mis calificaciones.

Siguiendo con la misma institución, en una ocasión me puse uñas acrílicas pues me parecen bonitas y quería ver mis manos lindas, ¡oh, sorpresa!, el coordinador me vuelve a llamar a su oficina, pero esta vez en compañía de la psicóloga escolar: me comentaron que no podía llevar uñas largas y les hice frente a su discriminación. ¿Por qué yo no puedo ponerme uñas largas si hay varias mujeres con uñas más largas que yo?, les respondí. Y su contestación fue tan tonta que me dio más coraje interno: “puedes generar un accidente, quizás sacarle un ojo a alguien”, a lo que la psicóloga abonó “está bien tu orientación sexual, pero tenemos que cuidar la imagen de la escuela, hay que ser discretos”. Yo no creí lo que estaba escuchando y sólo me quedé callado para que terminara dicho discurso absurdo. Me sentía iracundo. No me quité las uñas, y varias veces me llamó la atención, pero resistí hasta que se me cayeron.

Durante el cuarto y quinto semestre, tuve mi primera y más fuerte crisis de género, pues no sabía cómo me identificaba. Comencé a dejarme el cabello largo, cuando llegó a las orejas ¿qué se imaginan qué pasó? Sí, exacto, me volvieron a llamar con el coordinador porque no podía llevar el cabello largo; sin embargo, hubo algo diferente en esa ocasión. Tuve una maestra de literatura, una gran persona, era la maestra encargada del grupo ese semestre, se llama “Tatiana”, y después de ir con el coordinador, me buscó para saber mi situación frente a la última llamada de atención, le dije que no era la primera vez y le conté todas las situaciones.

Ella fue la primera persona que me vio a mí; me dijo: “¿Sabes que ellos están obligados a respetarte? Y si te identificas como una mujer trans deben generar apertura para ti dentro de la institución. Me dio una larga charla sobre la comunidad trans, y yo sólo respondí: “Soy trans”, pero ¿realmente soy una mujer trans? Siempre me sentí más que un niño, un chico, un adolescente, un joven, no sólo era un Él; siempre hubo algo más que no sabía cómo llamarle, y al recibir información sobre la comunidad trans sólo me identifiqué. Sin embargo, no fue la primera construcción de género que tuve, sino el primer acercamiento a mi identidad, mi verdadero yo.

Gracias a que una persona china se comió un taco de murciélago, entramos en pandemia y terminé el bachillerato en línea. Unos meses después terminó mi tortura en esa institución LGBTQIA+fóbica, y entramos al encierro total, yo siendo una mujer trans de clóset. Durante el trayecto de mi cuarto a mi cocina diariamente, conocí a una gran amiga que hasta el día de hoy no me he podido deshacer de ella, le di la bienvenida a la ANSIEDAD durante la pandemia del cobicho. Toda una travesía.

En algún momento del encierro, salió la serie *Veneno*, que era la historia de vida de Cristina Ortiz Rodríguez; una producción increíble y muy acertada a la realidad de las mujeres trans, donde tocan explícitamente temas como la prostitución, las drogas y violencia que viven a diario. Recuerdo llorar un mes con su final tan trágico, me llevó a cuestionarme si

realmente sentía lo mismo que ella, ¿me sentí mujer toda la vida? ¿Yo aspiraba a ver, sentir y vivir como una mujer? Fue un shock intenso decirme a mí mismo que no. Perdí mi identidad, mi sentido de vida, mis metas y aspiraciones se derrumbaron.

Es increíble lo que generó esa serie en mí, por eso es importante tener referentes de la comunidad en la televisión, en las caricaturas, en donde sea, pues hacer sentirse incluidas a las personas, pero no era así. Antes de entrar a la universidad, entre mis lecturas de interés encontré información valiosa para mí sobre las personas no binarias, queer, de género fluido, toda una comunidad que yo no conocía —sólo el LGBT, no más—. Me sentí arropado en el umbral de las personas de género fluido, el pronombre “elle”, todo tuvo sentido, mi existencia, mi ser, mi identidad, mi historia.

Hoy sólo me queda decir que rompí tanto los moldes de una familia tradicional panista; que hoy puedo expresar que fui la primera persona abiertamente homosexual de mis familias; impulsé a mi madre a buscar su felicidad, ahora tiene 11 años con la vecina Juana, su novia, y es aceptada por su madre. Respaldé a mi hermana mayor en la búsqueda de su felicidad junto a una mujer. En mi familia paternal, de tantas discusiones logré abrir los horizontes al feminismo y al empoderamiento de la mujer, que pueden abortar, no necesitar a un “onvre” a su lado y ser autosuficientes en la vida. Y, sobre todo, la importancia de la salud mental en las personas, en la crianza y en todo el ciclo de vida.

Para terminar con un poco de drama, porque la vida sabe mejor, diré que “con lágrimas en los ojos, seguí haciendo frente a la discriminación. Sabía que era la única forma de proteger a los jóvenes que venían detrás”. Gracias.

Discriminación y violencia de género



Salir de la burbuja

Karla Fernanda Juárez Velasco
Facultad de Trabajo Social

Crecí en una familia conformada por mi mamá, mi papá y mi hermano mayor, desde pequeña mi mamá nos daba tareas en el hogar a mi hermano y a mí, como barrer, trapear, lavar trastes, lavar la ropa, entre otras. Mi papá en cambio cumplía su rol de trabajar y llevar el sustento a casa, mas no ayudaba con las labores del hogar.

En mi familia se han repetido patrones de conductas machistas, como por ejemplo, el tener la comida lista para cuando llegue el esposo a casa; mi mamá hasta la fecha tiene que tener una comida distinta cada día y que sea del gusto de mi papá, si no es así, se enoja y prefiere no comer, haciendo sentir mal a mi mamá. De igual forma, mi mamá tiene que “pedir permiso” para poder salir de viaje sola, cosa que nunca había hecho, pero ahora que tiene la oportunidad de visitar a sus hermanos fuera del país. Mi papá lo acepta no convencido, le da una fecha límite para su regreso, interfiriendo en su independencia como

persona, con la idea errónea de que al casarse ya no pueden salir sin su pareja. Se me enseñó que cuando me case, debo de atender del mismo modo a mi pareja, teniendo su ropa limpia, la comida hecha y mantener limpia la casa.

Mi hermano y yo crecimos en una casa muy reprimida, donde no demostramos nuestros sentimientos; hablar con nuestros papás sobre algún tema en específico no era una opción, nos daba miedo de que su reacción fuera de enojo y nos regañaran, no había apertura por parte de ellos para platicarles cosas personales. En cuanto a mi hermano, por ser el “hombre” mi papá lo reprendía constantemente llamándolo “inútil”, “tonto”, “llorón”, por no hacer las cosas como él quería que fueran a su manera. Cuando yo lloraba lo hacía todo el tiempo a escondidas porque también me retaba diciendo que me daría “un motivo para llorar de verdad”.

Conforme fui creciendo, y cuando llegué a la adolescencia, fui una persona bastante reprimida, nunca tuve indicios de rebeldía, de ingerir sustancias o tener adicciones, me la pasaba todo el tiempo encerrada en mi cuarto, prefería estar sola a salir a la sala o comedor para convivir.

Vivía en una burbuja, donde yo me quedaba pasmada y no sabía cómo reaccionar ante situaciones de riesgo que me sucedían, mi primer acontecimiento con el abuso o violencia de un hombre hacia mí fue a los 10 años. En una ocasión mi primo, siete años mayor que yo, iba en la parte de atrás de la camioneta

junto a mí, mientras que adelante estaba mi papá manejando y mi abuela de copiloto; él se recuesta en mis piernas y empezó a tocarme. No supe cómo reaccionar, sentí miedo y angustia y jamás se lo conté a mis papás, sentía que si decía algo no me creerían y tenía miedo de que mi primo fuera a reaccionar agresivamente hacia mí.

Siempre fui muy temerosa, como mujer me limitaban más las salidas con mis amigos que a mi hermano, tenía prohibido quedarme a dormir en casa de mis amigas, mi mamá siempre tuvo el miedo de que el padre o hermano de alguna amiga mía abusara de mí mientras yo dormía. Conforme fui creciendo, eso cambió y me dieron más libertad de poder salir y estar en casa de mis amigas. También, se nos dice mucho a las mujeres las mismas reglas al salir a la calle, “no salgas con ropa provocativa”, “nunca andes sola en la noche”, “nunca aceptes una bebida a alguien”. El salir a un antro o bar, era siempre estar pendiente de cómo preparaban mi bebida y no dejarla en ninguna mesa por miedo a que le pusieran otra sustancia.

Salir a la calle yo sola me ha causado muchas malas experiencias, el simple hecho de caminar en el día, salir de la escuela a mi casa e ir con miedo a que me sigan, a que me acosen, o subirme a un taxi y que el chofer haga algo en contra de mi voluntad; creció mi temor porque me hicieran algo, y hoy sigue siendo el día a día en las calles, por esta misoginia de los hombres que se creen con el derecho a decirnos algo con tan sólo vernos.

Como siempre fui una persona insegura de mí misma, cuando me gustaba alguien me daba miedo acercarme por temor a ser rechazada por mi físico, soy una persona alta, pero mi complexión es robusta, y crecí con el estándar de tener que ser la “chica delgada” para gustarle a alguien. En mis relaciones sentimentales, siempre fueron ellos los que ya no querían estar conmigo, yo sufría porque generaba dependencia de ellos e hicieron que creciera una inseguridad en mí porque después de estar conmigo, al poco tiempo estaban con una chica más delgada y bonita, pensando que yo era el problema. Tuve un conflicto mucho tiempo con la comida, prefería no comer o me daban asco ciertos platillos, porque para mí, la sociedad te decía que tenía que ser delgada para estar “sana” o para “gustarle” a alguien.

Ahora a mis 21 años, sigo trabajando en mí y sanando heridas de mi infancia, sigo luchando contra mis inseguridades y con todos esos “estándares” que por ser mujer tengo que cumplir; todo lo que se me ha dicho desde niña, como tener que atender a mi esposo cuando me case, ser una mujer seria, de casa, no ingerir alcohol, no fumar, estar siempre arreglada pero no demasiado, no vestir provocativamente, ser delgada, hacer ejercicio, tener hijos y atenderlos, tener la casa limpia, etcétera.

Comprendí que lo que he vivido de niña nada ha sido mi culpa, mis papás hicieron lo que pudieron con lo que tenían, nadie les enseñó a ser padres, nos criaron de la manera en que ellos fueron criados también.

Hoy en día, entendí que no hay nada malo en mí, estoy aprendiendo a quererme tal y como soy, no necesito cumplir estándares o normas que nos dicta la sociedad a las mujeres; simplemente hacer las cosas que me gustan y tener mis propias metas, decidir si quiero o no tener hijos sin sentirme juzgada; que el día que encuentre una pareja y me case no repetir lo mismo que mi familia, porque todos somos iguales y cualquiera puede hacer las tareas del otro.

Camino hacia la igualdad

Luly Chávez López
Bachillerato 4

A través de los años, las mujeres hemos luchado por conseguir que la sociedad nos dé el lugar, los derechos y la igualdad que nos merecemos; esta lucha en contra de los roles sociales que se nos han impuesto ha avanzado de manera significativa gracias a la perseverancia feminista. Sin embargo, a pesar de que hemos conseguido un gran progreso como lo es el derecho a votar, a estudiar, a trabajar, a decidir sobre nuestro cuerpo, entre otros, el machismo y la misoginia continúan, arraigados a nuestra cultura de manera inconsciente, por lo que las mujeres seguimos sufriendo de violencia de género en nuestro día a día, que desafortunadamente ya está normalizada, y es por ello que no nos damos cuenta cuando nos están violentando.

Estadísticas revelan que una de cada tres mujeres ha experimentado algún tipo de violencia de género en su vida, y el 70.1 % de las mujeres ha sido víctima de micromachismos en el ámbito laboral y escolar.

Estas cifras reflejan que mis experiencias no son casos aislados, sino parte de una realidad compartida por muchas.

Esta violencia que ya tenemos normalizada se presenta de diferentes maneras: a través de comentarios despectivos o chistes sexistas, de la asignación de roles de género en el hogar, los comentarios sobre nuestros cuerpos, la invisibilización en espacios laborales, el control de la vestimenta, los micromachismos, la justificación de comportamientos agresivos, culpabilización de las víctimas en casos de violencia de género, entre otras.

Yo, en lo personal, he sido víctima de muchos de estos comportamientos normalizados, pues he llegado a recibir comentarios micromachistas, es decir, hombres que me han minimizado y subestimado, explicándome, interrumpiéndome, corrigiéndome en temas sobre los que yo tengo vasto conocimiento, asumiendo que, por ser mujer, estoy equivocada o no sé de lo que estoy hablando. Asimismo, han asumido que necesito ayuda para tareas técnicas o tareas físicas que requieren fuerza; también han minimizado muchos de mis logros, atribuyendo mi éxito a factores externos o la ayuda de otros, en lugar de reconocer mis capacidades y esfuerzos.

De la misma manera, me han exigido cumplir con las expectativas de comportamiento femenino, esperando que sea siempre complaciente, obediente y sumisa, pues al expresar mis verdaderas opiniones y pensamientos, resulto ser grosera e insolente, siendo

que a los hombres se les ve como directos y asertivos al tener los mismos pensamientos que en una mujer se perciben como incorrectos.

Igualmente, han desacreditado mis opiniones y reacciones bajo la creencia de que las mujeres son más emocionales y sensibles que los hombres, llamándome exagerada o dramática, atribuyendo, además, mis sentimientos y expresiones a cambios hormonales, comentando cosas como “déjala, anda en sus días”.

Esta constante desvalorización tiene profundas consecuencias. No nada más afecta mi autoestima y confianza, sino que también me hace dudar de mis propias capacidades y contribuciones. Es por ello que la lucha por la igualdad no sólo es necesaria por justicia social, sino también por el bienestar emocional y psicológico de las mujeres.

Otras mujeres también han compartido experiencias similares. Amigas, conocidas y familiares han descrito situaciones donde sus opiniones fueron ignoradas en reuniones, sus logros atribuidos a la ayuda de otros, y su valor profesional medido por su apariencia física más que por sus capacidades.

La legislación y las políticas públicas han intentado abordar estos problemas. Leyes contra la violencia de género y políticas de igualdad en el trabajo son pasos importantes, pero frecuentemente su funcionamiento es deficiente. La falta de conciencia y la persistencia de estereotipos dificultan el progreso real.

Es fundamental que como sociedad reconozcamos estas formas de violencia y hagamos algo al

respecto. Podemos empezar por educarnos y educar a otros, denunciar comportamientos inapropiados, y apoyar políticas y movimientos que promuevan la igualdad de género.

Aunque el camino hacia la igualdad total es largo y difícil, tengo la esperanza de que el cambio es posible. Cada vez más personas están tomando conciencia, y juntos podemos crear una sociedad en la que todas las personas, sin importar su género, sean valoradas y respetadas por igual.

Por este motivo, invito a los lectores a informarse, a denunciar las injusticias, a apoyar a las víctimas y a promover políticas que fomenten la igualdad de género. Agradezco a quienes han leído mi relato y han considerado seriamente estas cuestiones. La lucha continúa, y con nuestra perseverancia y colaboración, podemos construir un futuro más justo y equitativo para todos.

La realidad de una mujer

Diana Jazmín Mendoza León
Bachillerato 4

*Había una vez una niña
que quería convertirse en mujer.
Había una vez una mujer
que deseaba volver a ser niña.*

Todas tenemos nuestra propia historia, un evento, o varios, que nos hizo darnos cuenta que la realidad de una mujer es más complicada que resolver un problema matemático. En mi caso, me fui dando cuenta poco a poco, conforme crecía, que la vida que me esperaba no sería fácil, que tendría que aprender a confrontar situaciones sin ayuda de alguien y que llegar a salvo dependería completamente de mí.

No considero que mi familia sea demasiado conservadora, pero sí lo suficiente como para darme cuenta de actitudes machistas y roles de género ridículos, que a pensamiento de mis padres debía seguir en un futuro. Claramente no me parecía raro que mi mamá no pudiera trabajar porque debía hacerse cargo de las labores de la casa, o que mi papá no lavara su propio plato porque era tarea de las mujeres mantener el hogar limpio. Comenzó a notarse

más cuando mi hermano era halagado por comenzar su vida sexual, pero si yo quería mencionar el tema recibía un rostro sorprendido por parte de mi madre por hablar tan libremente del tema; tampoco olvidar cuando parecía que mi hermana estaba cometiendo un crimen por irse de viaje con su novio y mantener relaciones sexuales, mientras que a mi hermano le aplaudían por no dormir en casa constantemente, para hacer exactamente lo mismo.

Esa fue la primera cosa que aprendí: una mujer siempre será criticada por lo que haga, mientras que el hombre será alabado.

Definitivamente la situación del hogar influye considerablemente en cómo te tomas ciertas experiencias; las constantes ideas y pensamientos de los demás se van filtrando en tu mente hasta que finalmente terminas reclamándolos como tuyos. Crecí viendo cómo los hombres de mi familia acosaban a otras mujeres. No recuerdo cuándo fue la primera vez que me sucedió algo parecido, pero no voy a olvidar cómo mi mamá me decía que no usara ropa tan corta o que no mostrara tanta “carne” para evitar que los hombres me miraran, como si fuera mi culpa. Afortunadamente (aunque de afortunado no tiene nada) el acoso callejero es el único tipo de violencia que he vivido, sin embargo, no lo hace menos que haber sufrido una violación o algún abuso físico.

Hay una anécdota en específico que nunca voy a olvidar, ese fue mi momento, el momento que me hizo abrir los ojos y comprender por qué tantas

mujeres a lo largo del país y del mundo dejaron de sentirse seguras al caminar por la calle.

Fue en mi primer semestre de bachillerato, mi amiga y yo teníamos tiempo libre y quisimos hacer algo para distraernos, por eso decidimos ir al jardín que está como a cinco minutos de la escuela. Para llegar al jardín teníamos que pasar por una tortillería, pudimos tomar otra ruta, mas no lo vimos necesario, puesto que nunca imaginaríamos lo que pasaría. Al caminar frente a la tortillería, unos trabajadores en moto y en el mostrador comenzaron a decirnos cosas, para ser honesta ya no recuerdo exactamente lo que dijeron, pero lo que sí recuerdo es haberme sentido vulnerable e impotente por no ser lo suficientemente valiente como para hacer algo.

En otra ocasión pasamos por el mismo lugar, pero ahora con un amigo. Como esperábamos, no nos dijeron nada. Me enoja mucho que para no tener que vivir eso de nuevo tuvimos que usar a otro hombre como “escudo”, y que ahora evitamos tanto como podemos pasar por ahí, teniendo que entrar a calles que tampoco son de confianza.

Gracias a ese y muchos más momentos en los que iba caminando por la calle, y de igual manera usando el uniforme, los hombres me miraban descaradamente, comencé a ser más consciente de mi cuerpo y mi ropa, especialmente cuando sabía que tendría que caminar por la vía pública. Para ser honesta, extraño cuando era una niña, lo cual es irónico, porque en esa etapa esperaba crecer lo más rápido

posible para vestirme y maquillarme como lo hacían mi mamá y hermana.

En ese tiempo no tenía que preocuparme por miradas indiscretas o comentarios groseros, vivir en tu propio mundo de fantasía funciona temporalmente como refugio, lo malo es tener que salir y darte cuenta que existe gente repugnante, que se aprovecha de su fuerza física y privilegios en la sociedad para hacer lo que le plazca; lo que para ellos fue algo más que ocurrió en su día, para nosotras es una pesadilla. Nos hicieron tener miedo, miedo de que algún día nos suceda algo y seamos cuestionadas por lo que vestíamos, por haber sido las provocadoras y que ellos se libren fácilmente porque “está en su naturaleza” o que con cualquier excusa sea suficiente para voltear las cosas a su favor.

Yo no me siento segura. Cuando voy caminando prefiero agachar la cabeza y seguir lo más rápido que pueda, sé que me están viendo, pero tampoco hay mucho que pueda hacer. No me gusta estar alerta todo el tiempo o tener que repasar en mi cabeza lo que tengo que hacer en caso de que se presente la necesidad de huir; tampoco me siento bien dudando de todo hombre que vea, sin embargo, esa es la vida de una mujer.

Un día a la vez...

Sandra Karina Villanueva Gutiérrez
Facultad de Ciencias de la Educación

Aquí me encuentro, sentada, pensando, con un clima fresco, escucho música tranquila y reflexiono los avances que se han hecho respecto la igualdad de género.

Echo una mirada a mi pasado y recuerdo, yo viví violencia de género. Sí, violencia en mi hogar, con mi familia, de quien amaba y me sentía protegida. Vaya, algo que no pensé experimentar, y la gente me miraba y me decía: “cómo es posible que alguien tan preparada, incluso siendo abogada permita esto”, cuando no se trata solamente de eso.

La realidad es que no me di cuenta hasta que la situación comenzó a ser extrema, de alguna manera me decía que eran problemas que surgen en las parejas, que te acostumbras, que va aumentando y con la constante lo normalicé, pero un día pum, pum, pum, sólo retumba en tu cabeza y todo lo haces realidad y ves que algo está mal. Bueno, les cuento mi historia.

Era noche y entre música y baile conocí a ese hombre del que sus ojos me irradian, de quien la conversación era la más interesante y la atención no se diga; qué increíble conocer a un hombre así. Y claro, cómo saber o conocer a alguien por completo en ese momento. Qué difícil, hubiese querido saber que ese hombre afectaría mi salud mental y física.

Que aquellos días que pasamos bien y tranquilos se disfrutaron, que todo era rosa y el sol brillaba, brillaba y estaba en su más grande resplandor. Y que todo iba bien, y aunque ya éramos mayores la madurez sólo estuvo presente en alguien, pero también entendí que tiene que ver con los objetivos, la crianza y la cultura que cada persona tiene, pero aquí lo importante es lo que yo quería.

Un día sin esperar llegó el momento que considero más hermoso de mi vida, crecía vida dentro de mí, el mejor momento que he tenido, también aquel que cambió mis objetivos, más nunca mis ganas de seguir construyendo mis metas. En esta etapa donde tenía ciertas expectativas de lo que es un equipo, resultó ser sólo un cuento de hadas, o bien, quizá sí ocurra con personas que realmente aman y son responsables.

Todo mi embarazo la pasé sola teniendo a alguien en casa. Me sentí comparada, menospreciada y con baja autoestima, cada vez que escuchaba que otras mujeres tenían mejor cuerpo que yo, que eran más bonitas, que culpé a las hormonas por sentirme inferior y por todos los cambios que presentaba en mi vida.

Días llorando y seguía y seguía culpando al embarazo que, sí me encontraba más vulnerable, pero no merecía recibir esos tratos. Entonces nació mi hija, volví a estar sola, porque no solamente sentía la indiferencia de aquel hombre, sino también de su familia. Qué difícil, llorar en las noches de cansancio y saber que no vas a recuperar ese sueño, porque no tenía ningún tiempo para mí, porque siempre era importante el descanso de alguien más.

Todo iba avanzando, encomendarme a Dios me dio fortaleza siempre, superar la depresión posparto y la ansiedad fue un gran reto. Sentía que ya me había adaptado a mi nueva rutina, aceptar que muchas cosas ya eran diferentes, entonces llega otra etapa difícil en mi vida, retomar otras cosas, de pronto me siento mal, mareada, aumentan mis síntomas y no sé qué pasa con mi cuerpo, tiempo después de sentirme mareada veinticuatro-siete, tengo una cirugía de urgencia, y retroceder nuevamente, pero pensaba en que debía esforzarme más porque mi hija me necesitaba.

Los primeros días excelente, todo el apoyo, de pronto me reclamaba hacer cosas por mí, que tuve que empezar a hacer quehacer en tan sólo quince días posteriores a la cirugía. Me costaba hacer cosas, se volvió triste el depender de alguien para comer, que por enojo te daba el alimento al momento que quisiera. Luché por tener algo siempre para mi hija, adelgacé, me sentía una pluma, con esta constante se vislumbran los problemas, dinero, quehaceres del hogar, pleitos por cualquier situación, tener que

exigir cariño, sentirme menos como mujer, mamá, amiga, trabajadora y demás.

Me sentí cuestionada, minimizada, una mujer incompleta; no tenía la solvencia económica suficiente si estaba sola con mi niña, me aferraba a tener una familia para ella.

La báscula marcando 44 kilogramos, no podía comer, mi cuerpo no toleraba ni un cuarto de manzana, me quemaba hasta la cabeza, no tenía energía. Me levantaba a llevar a mi hija a la escuela, solamente eso hacía, me incapacité. Además, la pasaba soportando reclamos, insultos, me enfocaba en proteger a mi hija, ver cosas que aventaba o que golpeaba. Me llegué a esconder en casa de mis vecinos, recurrir a mi familia, pero volvía. Tenía esperanza de que todo cambiara.

Y claro que cambió, pero mi salud pasó a estar peor. Ese día después de llevar a mi hija a la escuela me subí a un taxi y fui a pedir ayuda. No quería morir de tanto estrés que enfermaba día a día a mi cuerpo, no vale eso por alguien que me decía que era chantaje sentirme mal.

Y entonces los licuados en agua se volvieron lo más rico en ese momento, los acepté y estaba feliz. El tratamiento me empezó a funcionar, pero ese día decidí no regresar a esa casa, esa situación me dio ansiedad, tanta que no podía dormir, lloraba, me daba miedo comer ciertos alimentos y hasta los medicamentos, era un reto cada vez que llegaba la hora de comer o que transcurrieran las horas de volver a tomar mi medicina.

Qué bueno que me encuentro mejor, siempre me lo decía, voy a estar mejor. Claro que me buscaba, tenía la esperanza sin apagarse, para esto de los pocos regalos que me dio fueron unos tops, que no me gustaba casi usar, decido ponerme uno y ese día fui la puta, piruja, exhibicionista. Aquella con un corazón roto, llorando pero que decidió defenderse con las pocas fuerzas que tenía.

Todo se fue a otro nivel, llegó el chantaje con tentativa de suicidio por varias veces, que me seguían por las calles, que iba a los lugares que yo tenía mis actividades, sentía que no tenía paz, ni tranquilidad, ni una buena salud mental. Decidí dejar a esos ojos que ya no tenían luz como aquel día que lo conocí. Saqué esa valentía no sólo por mí, sino por mi hija, por vivir en un ambiente que todas y todos merecemos.

Doy gracias por lo vivido, porque no todo el tiempo fue malo, sólo los guardo en el corazón, y hago de ellos un buen recuerdo. Perdono todas esas actitudes y aprendo que, aunque estaba preparada profesionalmente, soy feminista y cuidadora de los derechos humanos, no estaba preparada para liberarme de esta violencia desde la primera señal que tuve. Que soy ser humano y mis sentimientos también estaban de por medio.

Ahora soy una mujer soltera, que merezco respeto, buen trato, buen empleo, la oportunidad de seguir preparándome siempre, merezco la estabilidad para dar el mejor ejemplo a mi hija. No siento pena por contar mi historia, al contrario, me fortalece y

Un día a la vez...

hace que recuerde que merezco lo mejor del mundo, que siempre tengo una red de apoyo y que también puedo ser tu red si se necesita. Recuerda que un día a la vez siempre es mejor.

Inclusión y empoderamiento



Alzar la voz

Daniel Jesús Carrillo Tovar
Bachillerato 4

Recuerdo claramente mis años en la primaria, esa etapa de la vida donde todo parece tan simple y complejo a la vez. Era un niño curioso y siempre me fijaba en lo que pasaba a mi alrededor. Había un compañero en mi clase llamado Miguel, su piel era más oscura que la del resto de los niños, y eso, lamentablemente, se convirtió en una razón para que algunos lo trataran de manera diferente.

Miguel no sólo tenía la piel más oscura, sino que también venía de una familia de bajos recursos. Esto lo hacía aún más vulnerable a los comentarios crueles y al rechazo de nuestros compañeros. Sus zapatos estaban desgastados y su uniforme, aunque limpio, mostraba señales de haber sido usado por mucho tiempo. En clase, Miguel era tímido, casi siempre guardando silencio, y aunque era bueno, rara vez levantaba la mano para participar. A veces notaba que llevaba una bolsa rota, con comida de baja calidad a comparación de la de otros niños, lo que generaba más burlas.

Desde el primer día, noté que Miguel era diferente. No por su color de piel o su situación económica, sino por su sonrisa siempre presente y su amabilidad. Sin embargo, no todos veían lo mismo que yo. Algunos compañeros empezaron a hacer comentarios hirientes, burlándose de él sin motivo alguno. Le decían cosas como “negro sucio” y “carbón”, apodos que yo no podía entender cómo podían salir de la boca de niños tan pequeños. También lo llamaban “pobre” y “miserable”, recordándole constantemente su situación económica.

Al principio, debo admitir que también me dejé influir por los comentarios de mis amigos. Aunque en mi interior sabía que estaba mal, la presión de grupo era fuerte. No quería ser el próximo objetivo de las burlas, así que me unía a ellos en su rechazo hacia Miguel. Me sentía incómodo y culpable, pero el miedo a ser excluido era más fuerte que mi deseo de hacer lo correcto.

Había momentos en los que Miguel se sentaba solo en el recreo. Lo veía desde lejos, sentado en un rincón, mirando cómo los demás jugaban. Mi corazón se encogía de pena al ver que nadie se le acercaba, como si su color de piel y su situación económica fueran barreras infranqueables. Sabía que debería hacer algo, pero la idea de enfrentarme a mis amigos me asustaba. Esa sensación de incomodidad y culpa no me dejaba en paz.

Recuerdo una vez, durante la clase de educación física, cuando los profesores nos dividieron en

equipos para jugar al fútbol. Nadie quería a Miguel en su equipo. Escuché a un niño decir que no quería “ensuciarse” jugando con él. En ese momento, algo dentro de mí hizo clic. No podía seguir quedándome callado. Me acerqué al profesor y le dije que yo quería a Miguel en mi equipo. El profesor, con una mirada comprensiva, asintió y así fue como Miguel jugó con nosotros.

Ese día, me di cuenta de lo fácil que era cambiar la situación con un pequeño acto de valentía. Miguel jugó con nosotros y, para sorpresa de todos, era bastante bueno. Al final del juego, algunos de los niños que antes lo despreciaban empezaron a mirarlo de otra manera, como si de repente se hubieran dado cuenta de que su color de piel y su situación económica no lo definían.

A partir de ese día, empecé a acercarme más a Miguel. Nos hicimos amigos y, poco a poco, otros niños también empezaron a incluirlo. No fue un cambio inmediato ni fácil, pero fue un comienzo. Aprendí que la discriminación se perpetúa cuando nos quedamos callados y no hacemos nada al respecto.

Mirando atrás, me doy cuenta de lo importante que fue ese momento en mi vida. Aprendí que todos merecemos ser tratados con respeto y dignidad, sin importar el color de nuestra piel o nuestra situación económica. Y aunque éramos apenas unos niños, esa lección me ha acompañado hasta hoy, recordándome siempre la importancia de alzar la voz contra la injusticia.

Me di cuenta de que seguir a la multitud no me hacía sentir bien, pero al defender lo correcto, encontré una paz interior y una amistad valiosa. Ser amigo de Miguel me enseñó a valorar a las personas por quienes son y no por cómo lucen o lo que tienen. Entendí que las diferencias no nos separan, sino que nos enriquecen. Miguel y yo compartimos muchos momentos felices después de aquel día, y su amistad me ayudó a ser una mejor persona.

Con el tiempo, muchos de mis compañeros también cambiaron su actitud. Algunos incluso se disculparon con Miguel, y él, con su gran corazón, los perdonó. Nuestra clase se volvió más unida y comprensiva. Aprendimos juntos una lección que, aunque debería ser obvia, a veces necesitamos vivir para realmente entender: todos somos iguales, y la diversidad es algo que debe celebrarse, no condenarse.

Hoy, cada vez que me enfrento a una situación de injusticia o discriminación, recuerdo a Miguel y ese día en el patio de la escuela. Me doy cuenta de que todos tenemos el poder de hacer una diferencia, no importa cuán jóvenes o insignificantes pensemos que somos. Defender a alguien que está siendo maltratado no sólo cambia su vida, sino también la nuestra. Nos convierte en personas más fuertes, valientes y, sobre todo, humanas.

Eco del Ser: la armadura del alma

Jesús Guadalupe Morán Angulo
Facultad de Contabilidad y Administración de Tecomán

En los albores de la Edad Media, en el seno de un pequeño poblado rodeado de campos verdes y bosques frondosos, me encuentro yo, Elara, una joven campesina de corazón intrépido y mirada soñadora. Mi vida, marcada por la rutina de labores agrícolas y los cantos de los pájaros al amanecer, pronto se verá envuelta en el fragor de la guerra que acecha en el horizonte.

La tranquilidad de nuestro hogar se ve amenazada por la sombra de los reinos vecinos, enemigos ancestrales que han desatado su furia en una lucha despiadada por el poder y la gloria. Las noticias de conflictos lejanos llegan a nosotros como susurros inquietantes, recordándonos que la paz es efímera y que la guerra amenaza con arrebatársela en cualquier momento.

A pesar de la incertidumbre que se cierne sobre nosotros, mi espíritu se mantiene firme y mi deter-

minación no vacila. Siento el peso de la responsabilidad sobre mis hombros, el deber de proteger a mi familia y a mi comunidad de la amenaza que se cierne sobre nosotros. En cada amanecer, encuentro la fuerza para enfrentar el día con coraje y esperanza, sabiendo que el destino me ha llamado a desempeñar un papel crucial en los tiempos turbulentos que se avecinan.

La guerra puede ser un monstruo insaciable que devora vidas y destruye sueños, pero también es un campo de batalla donde se forjan héroes y se escriben leyendas. Con cada paso que doy en este camino incierto, me aferro a la esperanza de que mi coraje y mi determinación puedan marcar la diferencia, que mis acciones puedan ser una luz en la oscuridad que envuelve nuestro mundo.

En los campos, bajo el sol inclemente, descubrí una armadura olvidada, un tesoro perdido entre la tierra y el tiempo. Su brillo relucía con una intensidad casi celestial, como si guardara dentro de sí los susurros de las almas que la habían llevado en épocas pasadas. Mi corazón latía al ritmo del destino mientras la contemplaba; su presencia imponente suscitaba en mí un sentimiento de destino inevitable.

El resplandor de la armadura iluminaba mis sueños más profundos, susurrando promesas de grandeza y aventura. Me sentí atraída hacia ella, como si mi destino estuviera escrito en cada placa de metal, como si mi futuro estuviera entrelazado con el misterio que envolvía aquel antiguo artefacto.

Cada paso que daba hacia la armadura era un paso hacia lo desconocido, hacia un destino que se desplegaba ante mí como un camino sinuoso en el bosque. A medida que me acercaba, podía sentir el peso de la historia que llevaba, la carga de las hazañas pasadas que habían sido testigos mudos de la grandeza y la tragedia.

Al alcanzar la armadura, extendí la mano con temor y anticipación. Su frío tacto envió escalofríos por mi columna vertebral, pero también despertó una sensación de poder y determinación. Sabía en lo más profundo de mi ser que este encuentro no era una coincidencia, sino un llamado del destino que no podía ignorar.

Con manos temblorosas, acaricié la superficie pulida de la armadura, sintiendo su textura rugosa bajo mis dedos. Cerré los ojos y dejé que la energía del metal fluyera a través de mí, conectándome con las generaciones pasadas que habían llevado aquella misma armadura en batallas olvidadas por el tiempo.

En ese momento, supe que mi destino estaba sellado, que mi vida ya no sería la misma. Con la armadura como mi guía y mi protección, me preparé para enfrentar los desafíos que se interpondrían en mi camino, con la certeza de que mi historia aún no había alcanzado su fin, sino que apenas comenzaba a desplegarse ante mí.

Decidí contárselo a mi padre, un hombre sabio y fuerte, me aconsejó ocultarla, guardarla en secreto, pues el mundo sería un juez injusto y poco com-

prensivo. Siguiendo su consejo, mantuve silencio discreto, guardando en lo profundo de mi ser aquel secreto amargo, sabedor de que revelarlo sería un riesgo indeseable y concreto.

Pero en mi corazón ardía un anhelo, un fuego embriagador, deseaba ser más que lo que la vida me había destinado, entrené con la espada, herencia de mi padre, en busca de mi honor.

Él me instruyó con paciencia, compartiendo su sabiduría legada; cada golpe, cada movimiento, cada gesto de los caballeros, me enseñó a ver más allá, a entender la verdadera batalla librada.

Y así, meses después, el eco de la guerra se alzó entre los senderos, todos los hombres aptos debían partir hacia el campo de batalla, intenté convencer a mi padre de unirme a la lucha, de ser uno de aquellos guerreros.

Pero su mirada serena, llena de amor y preocupación, me frenaba, me protegió con su negativa, me recordó el valor de quedarme, aunque en mi pecho la llamada de la guerra rugiera y golpeará. Así, con el peso del deber y el deseo de libertad, tuve que aceptarme, aunque en lo más profundo de mi ser, la espada ansiosa esperara, sabía que el tiempo de forjar mi propia leyenda habría de encontrarme.

Después de días de incertidumbre y silencio, un nuevo giro en mi vida trajo consigo una mezcla de emociones inesperadas. Mi madre, en medio de la enfermedad, me reveló la noticia de que pronto tendría un hermanito. Aunque la alegría por la llegada

de un nuevo miembro a la familia se mezclaba con la ansiedad y el miedo por el futuro incierto que se cernía sobre nosotros.

Con el corazón lleno de temor, decidí confesarle a mi madre todo lo que había estado guardando en lo más profundo de mi ser. Le hablé sobre la armadura que había encontrado, sobre mi deseo de ser algo más que una simple campesina, sobre la llamada de la guerra que resonaba en mi alma.

Para mi sorpresa, en lugar de rechazo o reproche, recibí de ella comprensión y apoyo incondicional. Con una sonrisa en los labios y una mirada llena de amor, me alentó a seguir mi corazón y a perseguir mis sueños, sin importar los obstáculos que se interpusieran en mi camino.

Con sus palabras resonando en mi mente, me preparé para emprender el viaje hacia lo desconocido. Mi madre, con su sabiduría y su amor, me entregó las riendas de un caballo, un compañero fiel que me llevaría hacia mi destino. Antes de partir, me hizo prometer que mantendría en secreto mi verdadera identidad, consciente de los peligros que podrían acechar si mi secreto se revelaba.

Con determinación en el corazón y la promesa de mi madre como un faro en la oscuridad, reuní todo lo que necesitaba para el viaje. Provisiones, una manta para el frío de las noches y la armadura que se había convertido en mi símbolo de esperanza y coraje.

Monté en mi caballo con firmeza, sintiendo el palpitante de su corazón bajo mi cuerpo. Sin mirar

atrás, seguí la huella del ejército que se alejaba en la distancia, sabiendo que cada paso me acercaba más a mi destino y al cumplimiento de mi propósito en esta tierra convulsa y llena de desafíos.

La lluvia caía con furia, acompañando el tumulto de la batalla que se desataba en la lejanía. Los sonidos se entrelazaban en una sinfonía caótica: el choque de armas resonaba en mis oídos como una melodía macabra, las espadas chocando, las lanzas perforando el aire, los hachazos cortando la esperanza en pedazos. El estruendo de los caballos galopando y el rugido de los soldados se unían en un crescendo de caos y desesperación.

Desde lo alto de mi montura escuchaba los gritos de los hombres, las órdenes de los comandantes resonando como truenos en la tormenta. El clamor de la batalla era ensordecedor, pero mi corazón latía con una fuerza aún mayor, impulsándome hacia adelante con determinación y valor. Sin pensarlo dos veces, descendí de mi caballo y me enfundé en mi armadura con la destreza de un guerrero experimentado. El metal frío se ajustó a mi cuerpo como una segunda piel, infundiéndome una sensación de invencibilidad mientras me preparaba para lo que estaba por venir.

Monté de nuevo en mi corcel y cabalgamos con velocidad hacia el fragor de la lucha. El campo de batalla se extendía ante mí como un mar de caos y destrucción, y mi corazón latía con fuerza ante la magnitud de lo que presenciaba. En un instante, la batalla me engulló. Mi caballo fue derribado con violencia y caí

al suelo con un golpe sordo. El aire se llenó de gritos y lamentos, el choque de las espadas resonó a mi alrededor como un eco de muerte y desesperación.

Pero no había tiempo para la duda o el miedo. Con un grito de determinación, me levanté y me sumergí en la refriega, la adrenalina bombeando en mis venas mientras luchaba por mi vida y por el futuro de mi tierra. En medio del caos y la confusión, me aferré a la esperanza de que mi valentía y mi sacrificio no fueran en vano, y que algún día, la paz volvería a reinar sobre estas tierras asoladas por la guerra.

En el tumulto de la batalla, donde el estruendo el clamor de los hombres se entrelazan en un ballet de caos y muerte, buscaba con fervor a mi padre. Entre el humo y el sudor, lo avisté, un mero reflejo entre las sombras de un árbol, acurrucado como un niño que busca refugio en la oscuridad de la noche.

Mis pies se movían casi por instinto, impulsados por el deseo de asegurarme de su bienestar en medio del caos que nos rodeaba. Mi corazón latía con fuerza, no sólo por el miedo que lo acompañaba, sino también por la esperanza de encontrarlo ileso.

Me acerqué con pasos cautelosos, mi voz tratando de atravesar la cacofonía de la guerra para llegar a sus oídos. “¡Padre, soy yo!”, grité, esperando que mi voz fuera reconocida entre la multitud de sonidos que inundaban el campo de batalla. Pero para mí consternación, vi cómo su rostro se contraía en un gesto de temor y confusión. Sus ojos, en la penumbra, reflejaban una mezcla de sorpresa y desconfian-

za, como si en su mente luchara por distinguir si yo era su hija o un enemigo disfrazado.

Con gesto apacible pero firme, le aseguré que era yo, su propia sangre, quien estaba ante él. Y en un instante, vi cómo el reconocimiento iluminaba su semblante, como si finalmente pudiera ver más allá de la niebla de la batalla y reconocer la voz que tanto amaba. Pero apenas tuvimos tiempo para intercambiar unas pocas palabras antes de que el peligro se abatiera sobre nosotros una vez más. Un caballero, con la arrogancia de la nobleza marcada en su armadura reluciente, se abalanzó hacia nosotros con la ferocidad de un león en busca de su presa.

Mi padre, en un intento desesperado por protegerme, me instó a alejarme. Pero mi determinación era tan férrea como el acero de la espada que empuñaba. Con un nudo en la garganta y el corazón latiendo con fuerza, me preparé para enfrentar al enemigo que se cernía sobre nosotros.

El choque de nuestras espadas resonó en el aire, un eco metálico que parecía competir con el estruendo de la batalla que rugía a nuestro alrededor. Cada golpe era un recordatorio de la fragilidad de la vida, pero también de la fuerza que reside en el corazón humano cuando se enfrenta al peligro.

A pesar del miedo que amenazaba con paralizarme, me aferré a la espada con determinación, decidida a no dejar que el enemigo nos derrotara. Y aunque el casco se partiera bajo el impacto de sus golpes, encontré en mi interior una fortaleza que no sabía

que poseía. En medio de la refriega, el mundo parecía detenerse a nuestro alrededor, como si la propia guerra estuviera esperando para presenciar el resultado de nuestro enfrentamiento. Y cuando finalmente el enemigo cayó derrotado a mis pies, sentí un estremecimiento recorrer mi cuerpo, una mezcla de alivio y asombro por lo que acababa de lograr.

El silencio que siguió fue casi tan ensordecedor como el estruendo de la batalla, una pausa momentánea en la que todos parecían contener el aliento ante la hazaña que acababa de presenciar. Y en medio de esa quietud, supe que mi valentía había marcado la diferencia en un mundo dominado por la desesperación y la violencia.

Mientras avanzaba hacia mi padre, con cada paso que daba, los hombres a mi alrededor se apartaban con respeto, reconociendo la valentía que había demostrado en el campo de batalla. Sus miradas, cargadas de asombro y admiración, me recordaban que la guerra no sólo se ganaba con fuerza bruta, sino también con coraje y determinación.

Al llegar junto a mi padre, cuya mirada reflejaba un orgullo que no necesitaba palabras, supe que era hora de poner fin a esta carnicería sin sentido. Tomando su mano con firmeza, me volví hacia los hombres reunidos a nuestro alrededor y levanté mi voz en un llamado a la razón. “¡Basta ya!”, exclamé, con la autoridad que sólo da la convicción de lo justo. “Esta guerra ha cobrado suficientes vidas, ha sembrado suficiente dolor y sufrimiento. Es hora de

poner fin a este derramamiento de sangre y buscar una solución que nos permita vivir en paz”.

Mis palabras resonaron en el aire, encontrando eco en los corazones cansados y afligidos de aquellos que habían luchado en esta contienda. Lentamente, los gritos de batalla se fueron apagando, reemplazados por un murmullo de incertidumbre y esperanza.

Uno a uno, los líderes de ambos bandos se acercaron, con la mirada cansada pero la mente abierta a la posibilidad de un nuevo comienzo. Entre conversaciones y negociaciones, se forjó un acuerdo que pondría fin a años de conflicto y abriría las puertas a una era de paz y reconciliación.

Y así, con un apretón de manos y el compromiso de dejar atrás el pasado, la guerra llegó a su fin. No fue un final limpio ni perfecto, con todos los problemas resueltos de la noche a la mañana, pero fue un comienzo, un primer paso hacia un futuro mejor para todos los que habían sido arrastrados por la marea de la violencia.

En los días y semanas que siguieron, hubo desafíos y obstáculos que superar, heridas que sanar y diferencias que reconciliar. Pero en cada paso del camino, recordamos la lección aprendida en aquel campo de batalla: que incluso en los momentos más oscuros, el valor y la compasión pueden alumbrar el camino hacia un mañana más luminoso. Y así, con determinación y esperanza, nos pusimos manos a la obra, construyendo un nuevo destino sobre los cimientos de la paz por la que habíamos luchado tanto.

Identidad y diversidad

Arantza Siret Abarca Bayardo
Facultad de Trabajo Social

Cada persona tiene su propia identidad; la identidad es lo que nos hace únicos y diferentes entre los demás, esto en un conjunto de características que nos agrupan como sociedad. Dentro de esta sociedad existen diferentes roles que se llevan a cabo entre hombres y mujeres, estos roles considero que no deberían de tener nada que ver con cuestiones de género, pero por el contrario, comúnmente en la sociedad se ve así. Actualmente tanto hombres como mujeres tenemos los mismos derechos, lo cual considero que es cada vez más significativo, el poder visualizar los diferentes desempeños al igual que las áreas de oportunidad de cada persona.

A fin de que se logre una inclusión social fue necesario mucho tiempo de lucha por la igualdad de género, esto con el objetivo de visualizar la equidad de condiciones entre cualquier género, al mismo tiempo que en algunos casos se pudieron haber presentado condiciones no muy favorables para las personas.

Hablando en términos de violencia, considero que las personas con orientación sexual diferente a la heterosexual llegan a ser más señaladas, discriminadas, violentadas; pueden padecer diferentes trastornos o enfermedades mentales que afecten su desarrollo integral como miembros de la sociedad.

Recordando un poco el tema de la violencia de género, tengo en mente algunas de las historias que me han platicado mis amigos que han tenido que pasar por tener un género u orientación sexual diferente a la heterosexual. He escuchado historias donde inclusive su misma familia los llega a discriminar por estos gustos e ideales, y ya ni hablar de la sociedad fuera de casa.

Actualmente vivimos en una sociedad muy cerrada en ideas cotidianas, esto hablando en una comparativa que podemos hacer en tiempos pasados donde los diferentes géneros no eran bien vistos ante la sociedad, o inclusive se llegaban a tener desacuerdos que podían terminar en algún ataque de violencia por esta clase de diferencia. Considero que la inclusión social sería una muy buena solución ante este tipo de situaciones ya que nos ayuda a sensibilizar sobre diferentes perspectivas que pueden tener las personas, como al igual que presentarnos un panorama diferente al cual estamos criados o con el que tenemos una cultura en la que nos hemos desarrollado comúnmente. Esta inclusión genera que nuestras expectativas lleguen a otros puntos donde inclusive ni siquiera se podrían visualizar, ya que se puede romper con diferentes patrones con los que hemos crecido. Desde mi punto de vista, considero que si una persona es feliz consigo misma sin dañar o lastimar a otras personas, no habría algún problema con sus diferentes estilos de vida a los míos.

Hablando desde mi propia historia de vida, en el ambiente social donde he crecido he percibido algunas conductas de machismo o inclusive de homofobia. Como trabajadora social me he informado respecto a estos temas, al igual que he tenido charlas con mis familiares respecto a esto a fin de plantear un diferente punto de vista al que comúnmente se tenía en mi familia. Lo anterior, hablado acerca de temas de derechos humanos, normas, estereotipos de género, diferentes géneros fluidos, el empoderamiento de cualquier persona sin restricción, una posible reestructuración de roles como la mayor presencia de la mujer en sociedad, como el impacto psicológico que puede generar la violencia de género, al igual que las limitaciones de oportunidades.

Estándares de belleza

América Alejandra García Delgado
Facultad de Trabajo Social

Desafortunadamente estamos inmersos en una sociedad muy prejuiciosa en donde las personas que no cumplen y no cumplimos con los estándares de belleza somos muy criticadas. Son juzgadas sin siquiera conocer el contexto de la propia persona o las diferentes aristas de lo que conlleva tener su vida con sus antecedentes genéticos y demás, de tal manera de que pueden ser excluidas de puestos de trabajo, son objeto de burlas, comentarios degradantes, etcétera

He escuchado, visto y leído en las diversas formas que existen de medios de comunicación, redes sociales y demás sobre cómo aquellas personas con cuerpos gordos son excluidas, discriminadas y violentadas. Me encontraba cómodamente acostada pasando el tiempo en Instagram y me aparece un video en donde una persona con un cuerpo gordo brinda su testimonio sobre una ocasión en donde fue a una consulta médica pero no la quisieron atender por su

peso. Esto fue para mí muy impactante ya que existe este concepto de *gordofobia* que refiere al odio, rechazo y violencia que sufren las personas por el hecho de ser gordas. Entonces me parece impactante cómo una perspectiva sobre las corporalidades les restringe el derecho que tenemos como personas a recibir atención médica, sin considerar los contextos o los factores que inciden en una persona delgada o gorda respecto de la construcción de su salud.

Con esto me pongo a reflexionar sobre los contextos de cómo las personas somos discriminadas por no encajar en un estereotipo de belleza. Un claro ejemplo que logro distinguir es en el transporte urbano, para ser más específica en las rutas; en varias de ellas los asientos no están pensados para personas con cuerpos gordos. Me ha tocado que me siento y al momento de que otra persona quiere realizar lo mismo quedamos muy apretadas e incómodas, y para estos casos mejor me levanto y me busco otro asiento que se encuentre vacío o me voy parada.

Lamentablemente, desde que tengo memoria me he sentido muy preocupada por mi aspecto físico, y esto, además de agradecerle a la sociedad, también se lo debo a mi familia, ya que es muy frecuente que las tías o primas critiquen mucho y bueno, mi familia no era la excepción. De tal forma que usaban apodos no muy agradables para describirme, y es aquí donde se logra apreciar cómo es muy común y por desgracia muy normalizado que amistades, o en este caso familiares, toquen el tema del cuerpo, que critiquen

todo de ti y no ponerle límites o hacerlo, ya que eres una persona con muchas inseguridades. A esto hay que añadir la etapa en donde estás en secundaria y al momento de realizar los equipos en educación física era la última seleccionaba, por así decirlo, ya que, mejor dicho, me tocaba en un equipo en donde la distribución de las personas era compatible.

Estos estándares de belleza no son un problema aislado, debido a que se pueden apreciar en las diversas partes del mundo y éstos resultan ser más estrictos. Por ejemplo, en Asia el medio que utilizan para lograr el ideal físico son las cirugías estéticas, de tal manera que ya se está hablando de someter al cuerpo humano a una cirugía, en donde quizá existan riesgos. Hago mención de esta cultura debido a que una amiga que está en la adolescencia se encuentra muy encantada con las series asiáticas, y ella menciona que quiere someterse a una cirugía, lo cual me parece muy desafortunado. La influencia de una serie puede provocar este tipo de situaciones, y es que ella antes tenía un cuerpo gordo y alguna vez me comentó que su familia la criticaba mucho y que incluso recibía violencia psicológica y verbal. Conforme pasó el tiempo ella casi no comía y su cuerpo se fue modificando, lo que es alarmante debido a que se puede desencadenar un Trastorno de la Conducta Alimentaria, como le sucedió a ella.

Se logra apreciar que el cuerpo gordo no es tan visibilizado en comerciales, programas de televisión, y en las tiendas de ropa ni se diga, y es que me es

algo difícil encontrar ropa bonita de mi talla, y me pasa mucho que voy a tiendas de ropa en el centro y me pruebo un pantalón de tal talla y me queda perfectamente, me dirijo a otra tienda y resulta que la misma talla que me había probado en la otra tienda no me queda o no tienen de esa medida.

Considero que es importante darles la visibilidad y el respeto que se merecen todos los cuerpos, debido a que tanto en escuelas como en lugares de trabajo las personas nos preocupamos mucho por nuestro aspecto físico. En lo personal, es un desgaste emocional que no quiero tener y que con el paso del tiempo y la aceptación de mi cuerpo he ido callando las voces de mi cabeza y de la sociedad. Porque sí, es importante el impacto que generan los ideales de belleza en la salud mental, ya que se siente como una constante presión y a la formación de expectativas irreales, resultando en comportamientos excesivos orientados a modificar la propia imagen.



**Textos invitados
de estudiantes
de posgrado**

(Re)vivir

Ángela Izquierdo García
Facultad de Psicología

Ser una mujer trans ha sido para mí una variante en cuanto a sentires. Considerándolo actualmente, es algo que me ha traído vivencias negativas y positivas. Pero, en principio, estas vivencias no tenían una carga para mí. Creo fervientemente que cuando unx nace no tiene en su mente los calificativos “positivo” o “negativo” que más tarde la sociedad te inyecta. En mi caso particular, cuando yo sentí por primera vez que era distinta, cuando quise ser como las otras niñas e intenté usar cosas de “mujer” no lo vi como algo necesariamente malo. Para mí era algo que me hacía sentir bien, y quizá tendría unos seis o siete años cuando mi madre, al entrar al cuarto, me encontró queriendo usar su maquillaje. No fue violenta conmigo, de hecho, de lo poco que recuerdo es que intentó explicarme que yo no era una niña. Pero yo realmente sí lo era.

Y quizá debí de haber sido más renuente al escucharla decir que yo no era lo que sentía, porque

desde ese momento hasta mi adultez yo no volví a decir nada al respecto. No al menos a intentar ser diferente, por ello sufrí en silencio. Mis cambios físicos, con la llegada de la pubertad y la adolescencia, me generaron mucha disforia. No podía hacer nada en contra de lo que mi cuerpo dictaba, o eso creía yo, ya que no tenía en mi círculo cercano a alguien trans, no al menos que yo supiera.

En algunas ocasiones, harta de lo que me hacían sentir los cambios recientes en mi cuerpo, buscaba mitigarlos de alguna manera. De las primeras cosas que los cambios de la pubertad comenzaron a hacerme sentir incómoda en mi cuerpo recuerdo la cuestión de los vellos. Mi intento por deshacerme de ellos generó que en mi familia me insultaran y me dijeran que el que un “hombre” se quitara los vellos era señal de que era homosexual. Yo maquillo las palabras, realmente la manera en la cual a mí me decían eso era con insultos, y con una actitud bastante enfadada. De nuevo, no puse resistencia y me dejé callar.

Las situaciones fuera de casa no eran muy distintas: en el colegio mis compañeros e incluso profesores se referían a personas homosexuales de formas muy despectivas. Era ridiculizado todo aquel que era “afeminado” o quien fuera demasiado “masculina”. Me cohibía, realmente no podía expresar libremente el cómo me sentía conmigo misma. Yo, al ver cómo trataban a aquellos compañeros simplemente decidí desistir de tener que contar algo acerca de mi sentir.

Hoy, pensando en todo esto me pregunto: ¿realmente si hoy en día fuera una niña viviría todo esto? Yo considero que no, no a ese punto.

Actualmente he visto más información y accesibilidad por parte de la sociedad que la que había en aquel entonces. Aunque a veces no sé si eso se debe a la época o al contexto social, ya que yo crecí y viví 17 años en otro estado, en Tabasco.

Y así, aquellos 17 años fueron para mí una cárcel. Obviando todos los demás problemas que tenía, considero que el no poder haber sido capaz de vivirme trans fue de las cosas que más me duele haber perdido la oportunidad de tener. Por fortuna eso cambió a partir de mi nueva residencia, primero en Guadalajara y posteriormente en esta ciudad, Colima. Los cambios para muchas personas son difíciles, para mí fueron un aire fresco. Ciudad nueva, vida nueva. ¡Y qué vida! Siento que se me abrieron las puertas, las suficientes para que, poco a poco, pudiera redescubrirme.

Redescubrirme fue uno de los mayores logros, únicamente logrado por este cambio. Aunque, como era de esperarse, no fue algo fácil: de nuevo, personas ajenas a mí decían que yo nada más quería atención, que estaba confundida o que nunca demostré que era una mujer trans en el pasado. Cuestiones que, para mí, me hacían sentirme rara. Primero, ¿cómo se supone que debe de ser una persona trans? Supongo esas ideas venían de personas que, al no tener un marco de referencia propio creían que unx es trans

si únicamente lo dice en sus primeros años de vida. Nada más alejado de la realidad: habemos muchxs quienes no expresamos esto hasta la adolescencia o vida adulta. Eso no nos quita absolutamente nada. Segundo, ¿por qué debería de demostrar algo a las demás personas, si incluso haciéndolo me niegan mi identidad? Considero que no es algo que sólo me haya ocurrido a mí, y que no necesitamos como personas trans binarias y no binarias que una tercera persona nos diga qué somos, basta con que nosotrxs lo sintamos y punto.

Y, como pudieron darse cuenta, contrario a las veces de mi infancia y adolescencia, esta vez yo ya no cedí. Colima es un lugar del cual estaré absolutamente siempre agradecida por ser el lugar donde realmente he podido vivir. Aquí he conocido personas realmente humanas, que me brindaron la suficiente seguridad como para permitir expresarme y ser. Sobre todo, agradezco a las amigas que me ha brindado esta tierra, mujeres llenas de amor y comprensión que han sido para mí un ejemplo a seguir y que me ayudaron a romper esas cadenas que llevaba conmigo. Son personas que yo habría querido tener desde mis primeros años de vida, sin duda.

Hoy por hoy me siento agradecida con lo que he podido lograr como mujer, claro, con el anhelo de que el resto de las hermanas, hermanos y hermanxs trans vivan una vida como la que me ha tocado vivir desde que estoy aquí en Colima. Las situaciones de violencia deberían de ser erradicadas por completo.

Quisiera que las infancias y adolescencias se vivieran sin miedo, sin pena. No creo en otra vida más allá de esta, y vivir menospreciada, violentada y temerosa no me parece justo. Sobre todo porque esas otras personas, inmersas en sus doctrinas e ideas, creen que se deben de soportar sus malos tratos y violencias sólo porque somos diferentes.

Creo que tú, persona que leíste este relato, y yo, necesitamos correr la voz. Educarnos y ser amables con nuestros iguales, comprendernos. Si somos profesionales de alguna carrera debemos tener en claro que nuestro proceder profesional y personal sí incide en los demás. Que la salud mental de los demás no es un juego y que debemos de ser más empaticxs para ahorrar años de sufrimiento. Incluso yo por mi parte considero que aún me queda un largo camino para poder ser una persona que respete y sea tolerante con todxs, el ser trans no me exime de ello. Pero justo ahí está la diferencia, entre el querer y el evadir nuestras responsabilidades. Espero tú, persona que has leído todo mi relato, también quieras un mundo donde nos podamos vivir, amar y existir plenamente.

Lo que encuentro al cruzar el desierto

Ricardo de Jesús Partida Núñez
Facultad de Psicología

Escribir textos destacando las virtudes de la comunidad LGBT+, así como de la vulneración y la lucha que constantemente vivimos quienes pertenecemos a dicha población, es una tarea comprometedora, pero sumamente importante, sobre todo en una sociedad colonizada por un sistema heteropatriarcal que de manera incesante intenta silenciarnos e invisibilizarnos, exiliándonos fuera de lo que es considerado como humano a cada una de las personas que no seguimos las reglas impuestas que intentan oprimirnos. De modo que, quienes deseamos, amamos o nos identificamos más allá de la heterosexualidad y el binarismo de género somos reconocidos como rebeldes y, por ende, somos excluidos y orillados a cruzar el desierto.

La alegoría del desierto me parece el ejemplo adecuado para describir el modo en el que he experimentado la vida siendo un hombre homosexual. Y

si bien soy consciente de los privilegios insertos en esa oración, no exime el hecho de que de igual forma he sido rechazado, marginado y herido por ser una minoría, lo que, en distintos momentos, desde mis primeros años de vida y hasta en la actualidad, me ha conducido a sentirme fuera de lugar, como una persona extraña que anda en tierras desérticas, caminando en medio de la arena, bajo un sol que arde y todo lo ve, sin saber por dónde ir o con quién dirigirme, perdido en la nada y buscando el camino hacia la tierra prometida, aquella en la que uno no es juzgado ni agredido por desear vivir un amorío con alguien de su mismo sexo o por no seguir los estereotipos de género. Esa tierra en la que puedes vivir plenamente siendo tú mismo.

Uno de los escenarios que me mostró los inicios de ese desierto fue la escuela. Recuerdo que fue en la primaria —tenía entre nueve o diez años— cuando escuché por primera vez a mis compañeros de clase referirse a la homosexualidad como algo negativo, utilizando palabras como “joto”, “maricón”, “puto”, e incluso la palabra “gay” como si fuese uno de los peores insultos. Y aunque nunca me tocó que me hicieran comentarios directamente hacia mi persona, porque todo el tiempo traté de pasar desapercibido, inevitablemente, esas actitudes generaban una cierta tensión en mi ser. Esto último evidentemente era porque trataba de ocultar algo que si bien, en ese momento no comprendía del todo, en mi interior permanecía una sensación de vulnerabilidad y temor.

En repetidas ocasiones, el daño que pueden causar las actitudes y comentarios discriminatorios hacia quienes integramos la comunidad LGBTQ+ es subestimado, no es considerado como un factor de gravedad, y la justificación sobre ello es que no hay heridas, no hay sangre derramada que manche el piso y deje evidencia de una masacre ocurrida. Pero, que no haya sangre, no significa que no haya heridas. Las palabras, las miradas o cualquier tipo de gesto de desaprobación, humillación o exclusión, algunas veces tienen mayores repercusiones que un golpe al cuerpo, porque estas tienen un impacto en el alma, y eso es algo más complejo de sanar, o al menos conlleva más tiempo en hacerlo a diferencia de un moretón.

Vulnerable y temeroso es como crecí gran parte de mi infancia, adolescencia y juventud gracias a ese entorno que discrimina a quienes tenemos una forma distinta de amar y de ser, a comparación de la mayoría. Un entorno en el que las personas que se encuentran en él poseen una vista nublada por prejuicios y estereotipos que provocan la incapacidad de ver la luz y la belleza que se haya en lo que es diferente. En algún momento fui así. El miedo que sentí de vivir siendo yo mismo no sólo me hizo rechazarme a mí, sino que también me orilló a rechazar y tratar mal a las personas que valientemente mostraban su autenticidad y defendían aquello que amaban y en lo que creían. Por supuesto que a ello contribuyó el hecho de no tener un diálogo conmigo mismo y sólo

escuchar las voces y los comentarios que provenían del exterior.

Todo esto me llevó a que mi existencia se volviera similar a vagar por el desierto, en soledad, con los ojos cubiertos de arena y cargando sobre mi espalda ira, culpa y temor. Sin duda el momento cúspide de dicha experiencia ha sido el inicio de mi juventud. Llegué a la etapa de la adultez sin haberme permitido experimentar el amor adolescente y considerando mi homosexualidad como un gran pecado. Esto sucede cuando, en un país como el nuestro, y en las familias en las que crecemos, la religión con ideologías conservadoras impera en la manera en la que las personas somos educadas.

Fue en el trayecto de mis primeros años de la licenciatura en trabajo social en donde, gracias a lo que fui aprendiendo a través de las clases, comencé a ver más allá del conocimiento que tenía y empecé a poner más atención en la manera en la que estaba constituida la sociedad y cómo esta funcionaba, con lo cual, a partir de ahí comencé a cuestionar la información y los aprendizajes que tenía sobre muchas cosas, entre ellas, se encontraba lo referente a la sexualidad. Esto de alguna forma me permitió por primera vez tener un panorama en el que la homosexualidad no era considerada como algo negativo, lo que abrió un primer paso hacia la aceptación sobre quién era yo. Además, no puedo pasar por alto el hecho de que, para poder llegar hasta ese punto, una parte fundamental que me ayudó a tratar de

conocer y explorar ese lado de mí que desconocía por completo, fueron las amigas que hice estando en clase, quienes a la fecha me acompañan y siguen siendo un elemento importante de mi vida.

Uno pensaría que, después de lo que acabo de mencionar las cosas mejoraron, pero, en realidad no fue así, mi vida tuvo un giro. Cuando traté de aventurarme a conocer un mundo y una vida inexplorados, lo cierto es que me asusté. Aunque ya tenía claro y definido que era un hombre homosexual y que traté de poder experimentar una cita, un romance, el tipo de cosas que regularmente las personas heterosexuales tienen sin tanto problema, me invadió el miedo. Miedo de lo que pudieran pensar y decir las otras personas, miedo de ser visto y tratado de forma definitiva como la persona rara en cualquier lugar en el que me encontrara.

Cuando creí que por fin estaba a punto de salir del desierto, en realidad me adentré aún más, a un grado en el que llegué hasta el inicio un proceso formativo para ser religioso, es decir, un proceso para ser sacerdote. Guiado por un espejismo, cansado de tratar de ser yo mismo en medio de un sistema que discrimina y violenta, y con el deseo de ya no sentirme en soledad en ese momento se sintió como que era lo correcto. Podría decir que tanto mi llegada como mi estancia en ese camino fue curiosa y compleja, pero no la definiría como algo negativo en su totalidad, porque estando ahí pude desarrollar una introspección mediante la cual, las reflexiones

obtenidas me permitieron conocer y aceptar a profundidad mi ser, lo que comenzó a sentirse como el inicio de la tierra prometida.

Comprendí que encontrarme y aceptarme a mí mismo formaba parte de la entrada a esa tierra prometida. Cuando esto sucedió muchas cosas cambiaron en mi interior, pero también a mi alrededor. Comencé a vivir con libertad, sin tanto peso sobre mi espalda. Dejó de predominar el miedo de lo que pudieran decir las otras personas sobre la forma en la que vivo mi sexualidad o del modo en cómo me expreso. Esto permitió que desarrollara una confianza y una autoestima, que, por algún tiempo estuvieron sepultadas bajo la arena. Además, desarrollé una conciencia que en la actualidad me ha permitido ver que, esa tierra prometida no está en otro sitio más que aquí mismo, y que somos nosotros y nosotras mismas, quienes, en unidad, como comunidad LGBT+ que somos, la vamos construyendo, apoyándonos en la lucha por nuestros derechos y buscando transformar ese sistema a través de la visibilidad, mostrando el orgullo de quien somos, a quien amamos y la manera en la que vivimos.

El sistema que nos orilla al desierto sigue estando ahí, el desierto no desaparece, el sol que arde sigue siendo letal, pero aprendes a encontrar los mecanismos para que éste ya no haga tanto daño. Hasta ahora, los métodos y las herramientas que he encontrado para ello se basan principalmente en el diálogo, en la capacidad de hacerse notar, comu-

nicando nuestro sentir no sólo a quienes rodean. He aprendido que la mejor forma de combatir la injusticia es compartiendo nuestras historias como comunidad. Y si bien, aún hay mucho por recorrer, es importante reconocer que hoy existe un camino de lucha más visible. Eso es lo que encuentro cuando cruzo el desierto.

Más allá de los cimientos: construyendo una comunidad inclusiva

Addí Espinosa González
Facultad de Psicología

Todas las personas tenemos momentos que han dejado huella en nuestra historia de vida. La manera en que experimentamos nuestros mundos, nos relacionamos con las demás personas y buscamos la felicidad puede variar profundamente, aunque también puede reflejar similitudes con quienes nos rodean. Ahora, a mis 29 años, me reencuentro con diversos momentos, personas, lugares, canciones y series que han sido fundamentales en la construcción de mi identidad. Sin embargo, crecer en una sociedad profundamente machista y homofóbica siendo gay, marcó un sendero lleno de retos y aprendizajes, donde constantemente me enfrenté a estigmas y expectativas que buscaban limitar, moldear o imponer quién debía ser, cómo debía expresarme y qué debía gustarme.

Mi vida transcurrió entre la ciudad de Colima y la comunidad rural de Pueblo Juárez, en el municipio de Coquimatlán, dentro de un núcleo familiar mexicano tradicional, marcado por valores católicos y roles de género estrictamente definidos. En este entorno, resultaba casi imposible cuestionar, influir o modificar creencias y prácticas preestablecidas. Estas incluían la expectativa de que los hombres trabajaran todo el día, se mantuvieran al margen en la crianza de sus hijos e hijas y no asumieran algunas responsabilidades domésticas. El modelo de vida ideal giraba en torno al matrimonio, tener hijos, construir un patrimonio y trabajar de manera independiente, evitando recibir órdenes en el ámbito laboral. ¿Cómo podía cuestionar esas prácticas si todo lo que no se ajustaba al modelo era considerado “incorrecto” y no era lo que deseaba para mí?

Desde pequeño fui enfrentando estas normas, sin siquiera saberlo. Mi forma de hablar, moverme o mis gustos eran constantemente evaluados y criticados por mi núcleo familiar. No entendía por qué lo que hacía o cómo decía las cosas era llamado ‘femenino’ o ‘amanerado’, y debía evitarlo a toda costa, porque si no me regañaban, y a un infante no le gusta que le regañen. No pasaba de eso, pero cuando fui creciendo, esto fue teniendo otras consecuencias, después se reflejaron en mis compañeros de clase en la primaria, me excluían, se burlaban o me ignoraban porque no compartía sus intereses o era como ellos. No era “llevado” (ejercer golpes físicos)

como ellos, no me gustaba el fútbol o los carros, ni participar en sus conversaciones sobre el cuerpo de las mujeres. Estas diferencias me colocaban en una posición “sospechosa”, una etiqueta que evidenciaba mi falta de encaje en un molde de masculinidad u “hombría” aceptado.

Por otro lado, tenía espacios y personas que no me cuestionaban o juzgaban por la música que escuchaba, las películas y series que disfrutaba o la forma en que hablaba o me movía. Estos momentos se convirtieron en pequeños refugios donde podía ser yo mismo, sin temor a críticas. Entonces entendí cómo algunos entornos o personas (en su mayoría con mujeres —mis primas—), podrían contrarrestar todo lo demás.

Todo el tiempo, uno es víctima de un bombardeo de estándares y creencias que debemos cumplir, asumir, proteger y reproducir. En la escuela, por ejemplo, nunca se escuchaba por parte del cuerpo docente sobre temas de diversidad, de expresiones o identidades diversas, al contrario, reforzaban los principios de la heteronorma capitalista, el crear un matrimonio con división del trabajo basado en roles de género y aceptación de cierto tipo de consumo, invisibilizando otras formas de vida, relaciones y orientaciones sexuales, imponiendo ideales de éxito y felicidad.

Desde la infancia, la escuela juega un papel importante en cómo asumimos, expresamos, comprendemos y vivimos nuestra sexualidad. Más allá de

los conocimientos académicos, las normas sociales, valores y actitudes hacia la diversidad que en estas se realizan tienen implicaciones grandes. Estos pueden convertirse en espacios de rechazo y discriminación, donde el prejuicio y los estigmas seguían perpetuando y violentando falta de derechos, pero también pueden ser un lugar de apoyo y aceptación que favorezca a la exploración libre y segura de la identidad sexual y de género.

A medida que avanzaba en mi trayectoria académica, comencé a encontrarme con entornos y personas más inclusivas y respetuosas. El bachillerato y la licenciatura fueron espacios donde, poco a poco, experimenté un ambiente más abierto hacia la diversidad sexual y de género. Pasé de la secundaria, donde pocas parejas gays eran juzgadas y criticadas, especialmente si mostraban su afecto públicamente, a espacios donde la diversidad era no sólo más visible, sino también mejor entendida y valorada. Este cambio de entorno fue fundamental en mi proceso de aceptación como hombre, al ser testigo de cómo la tolerancia y el respeto ganaban terreno en los espacios educativos.

El hecho de haber vivido en ambientes hostiles y discriminatorios trajo consigo enormes esfuerzos por “calmar”, “parar” o ya en su caso “ocultar”, mi orientación. Esta presión por ajustarme a las expectativas sociales me llevó a internalizar el miedo y la inseguridad, pero que se vio alterado al momento de estar en estos nuevos espacios. Pasar de chismes y

burlas, exclusión y críticas, a espacios de aceptación y comprensión, marcó el momento en que comencé a deshacerme de las barreras de protección y supervivencia.

La homofobia interiorizada que muchas personas llegamos a vivir no es más que la aceptación de estos prejuicios sociales que nos impusieron desde la infancia y vamos reforzando día a día, una especie de auto rechazo que nos hace vivir en una lucha interna, donde los deseos y afectos que experimentamos se ven frenados por la vergüenza y el miedo al rechazo (y a la violencia no sólo psicológica, sino física que muchas personas hemos experimentado). Este proceso de autodescubrimiento, aunque liberador, no es fácil, porque aceptarlo es rechazar un estilo de vida ‘bueno’ por uno ‘muy malo’, y no nada más para uno, sino para toda nuestra familia.

Algo que también me ayudó a combatir esta homofobia interiorizada es que cada vez era más común que se viera a parejas gay y las expresiones de género no tradicionales de una forma respetuosa en las redes sociales y medios televisivos. Artistas como Katy Perry y Lady Gaga, con sus canciones de aceptación y empoderamiento a la diversidad, ofrecían un mensaje de libertad y valentía que resonaba profundamente, mientras que series como *Glee* y *Modern Family* introducían personajes LGBT+ de una manera natural y respetuosa. Estas representaciones no sólo proporcionaban modelos de identificación para mí, sino que también me ayudaban a desmiti-

ficar y normalizar las relaciones homosexuales y las identidades de género diversas, y no sólo personajes estereotipados de quienes burlarse como los de Eugenio Derbez, Adrián Uribe y Omar Chaparro.

Esta visibilidad cultural jugó un papel clave en mi proceso de aceptación, ya que yo no tenía ningún otro referente de lo que era ser un hombre gay; me mostró que podía ser auténtico y vivir mi sexualidad de una forma plena, lejos de las limitaciones impuestas por los prejuicios de años anteriores en donde conocería otros hombres gays en lugares oscuros, cuidando que alguien me llegara a ver y siendo demasiado discreto (como si alguien me reconociera, lo peor que me podría pasar fuera).

No recuerdo momentos donde experimenté la mayor cantidad de miedo y estrés como los innumerables momentos que quise hablar con mi familia sobre mi orientación sexual. Me daba miedo el rechazo, decepcionarles y que me corrieran de su vida. En casa, mi papá y mi hermano solían hacer comentarios homofóbicos, mientras que mi mamá guardaba silencio, un silencio que se sentía como complicidad. Éramos una de esas familias donde los “temas profundos” no se discutían; nuestras conversaciones iban más allá de lo cotidiano. Hablar con honestidad, sin críticas ni juicios, simplemente no formaba parte de nuestra dinámica. Sin embargo, para mí era importante que lo supieran. Sentía que, si mi familia lo aceptaba y me apoyaba, tendría la fortaleza para enfrentar lo que las demás personas pudieran decir.

Recuerdo muy bien esa conversación, y aún me pone “la piel chinita”. En ese momento, quien me sorprendió fue mi papá, que, a su manera, me dijo que siempre me apoyaría, me querría y que no prestara atención a los comentarios de las demás personas. Mi hermana, por su parte, dijo que ella no tenía problema y que contaba con su apoyo. Eso ya lo esperaba de ella; después de todo, eran fan de One Direction y *shippeaba* a Harry con Louis.

Pero en ese momento, quien estaba más desconcertada era mi mamá. Estaba muy confundida y me pidió tiempo para asimilar la noticia, pero que me quiere mucho. Para finalizar la conversación los tres me abrazaron, y fue un momento que marcó un antes y un después.

Quedaba aún hablar con mi hermano, quien en ese entonces se encontraba de intercambio. No fue hasta meses después que platicamos y me dijo que me quiere, me apoya, pero no dejaría de decir sus chistes sobre homosexuales (malos la mayoría), pero que no lo hacía con intención de dañarme. Hoy en día la confianza y la dinámica ha mejorado bastante, no se compara a nada a esa época. Hay mucho cariño y no hay tapujos, se llevan súper bien con mi “marido” y le quieren mucho. Y ahora que tenemos a mis sobrinos, entienden el amor como algo diverso, que se vive de diferentes maneras y que no tiene por qué verse como algo malo.

Sé que esta reacción no es algo que todas las personas experimentan. Hay quienes, lamentable-

mente, se ven obligados/as/es a distanciarse de su familia por un tiempo, y quienes deciden cortar todo tipo de relación para protegerse. En mi caso, tuve la fortuna de contar con el apoyo de mi familia, aunque no fue algo inmediato. Tomó tiempo, conversaciones y mucha paciencia para llegar a la relación cercana y comprensiva que ahora tenemos.

Una vez de haberles dicho, sentí una ligereza en mi cuerpo, porque si mi familia me aceptaba, ¿por qué me debería importar lo que dijera la gente de mí? Pero debo ser sincero, el miedo al rechazo, burlas y violencia, seguía latente de alguna forma.

Para mí estudiar la licenciatura fue de las mejores épocas de mi vida. Llegué con el miedo de que hubiera personas que siguieran pensando que la diversidad sexual era un trastorno mental, pero, todo lo contrario, la mayoría de docentes estaban en contra de esta psicología violenta. Durante esos años pude abrirme a experimentar afectos muy bonitos. Conocer personas que me han sumado y me han permitido experimentar este “coqueteo adolescente” que muchos de nosotros no tuvimos en la secundaria. Fue ahí donde me reencontré, y nació un vínculo con quien ha sido mi compañero de vida desde hace 10 años, compartiendo un *amor infinito*. Nunca experimenté una sensación de libertad y fortaleza tan grande como cuando apareció en mi vida.

Algo que también experimenté hasta que comencé a vivir en esta relación, fue una sensación de vulnerabilidad. Bastó un par de ocasiones en las cuales,

caminando en alguna plaza, o estando sentados en algún jardín, las personas nos comenzaran a seguir o incluso corretear con claras intenciones hostiles. Estas situaciones me hicieron entender que el amor, cuando desafía las normas sociales, puede ser visto por algunas personas como una provocación, algo que no están dispuestos a tolerar, donde el tomarse de la mano se vuelve un peligro. Desde entonces, la demostración de afecto físico en espacios públicos se fue limitando, por supervivencia. Pero optamos por tener nuestros espacios seguros, donde la casa de nuestras familias o amigos eran los lugares donde sabíamos que podíamos estar no sólo tranquilos, sino, seguros.

También durante la etapa de licenciatura pude tener mi primer grupo de amigos y amigas LGBT+ y aliados/as, quienes me acompañaron en este auto-descubrimiento de roles que desconocía como era en una relación amorosa, en mis frustraciones por no poder vivir las mismas cosas que personas heterosexuales, en los momentos en que mi familia no me lograba comprender (que claro, ya entiendo que toma su tiempo, pero en esos momentos me sentía cual adolescente que se siente incomprendido) o por estar en situaciones desconocidas para mí.

Aunque es un tema difícil de mencionar, sé que muchas personas, especialmente cuando aún no han salido del clóset o enfrentan entornos hostiles, llegan a considerar opciones extremas como una forma de escape. Sin embargo, mirando hacia atrás, me alegra

profundamente no haber tomado ese camino y haber encontrado a las personas que me brindaron su apoyo y comprensión en los momentos más oscuros.

El reconocer mi historia como hombre gay, y reconocer los actos de discriminación y violencia que enfrenté sin apoyo ni referencias, fue una de las razones por las cuales quise dedicarme al ámbito educativo y de la salud mental. Creo que la educación tiene el poder de transformar vidas, de sembrar empatía y construir mejores entornos que permitan el desarrollo pleno de las personas.

Tener docentes o referentes abiertamente gay fue algo que me hubiera gustado tener —en lugar de los modelos televisivos víctimas de burlas y llenos de estereotipos violentos—. Aunque ahora entiendo algunas de las razones por las cuales no lo eran, considero indispensable la creación de redes de apoyo para la comunidad LGBTQ+ en la universidad, ya que en estos lugares se pueden crear espacios seguros, donde al menos yo pude expresarme y vivir plenamente mi identidad, expresión y sexualidad.

Hoy en día me desempeño como orientador educativo en nivel superior, en donde trato de incidir en el bienestar integral de nuestro alumnado. Al estar ahora de este lado, identifico cómo estudiantes LGBTQ+ en ocasiones se tienen que enfrentar a entornos rígidos y excluyentes que aún perpetúan dinámicas de poder y estereotipos que dificultan la visibilización y aceptación de la diversidad. Desde mi rol como orientador educativo, he buscado

transformar estos espacios, promoviendo la inclusión y la empatía, especialmente en áreas como las ingenierías.

A través de talleres, sesiones grupales y acompañamiento individual, mi objetivo es que el estudiante tenga herramientas no sólo para afrontar sus retos académicos, sino también para generar acciones en las que se sientan con plenitud y construyan una comunidad socialmente sana. La visibilización de identidades tradicionalmente vulneradas y el fomento de la educación emocional han demostrado ser claves para mejorar el bienestar y la trayectoria de quienes forman parte de estos espacios. Mi misión actual es construir cimientos y puentes hacia una educación inclusiva en el alumnado de ingeniería, donde se sienta valorado, respetado y empoderado para ser su versión auténtica, sin temor a la discriminación; donde su bienestar emocional y académico sea prioritario para el desarrollo integral de la comunidad universitaria.

El amor en todas sus formas vale la pena vivirlo. Al compartir mi historia, busco hacer saber a cualquier persona que necesita ser escuchada, que posiblemente siempre habrá alguien con disposición para hacerlo, y si esa persona puedo ser yo, lo haré con gusto.

Tejiendo redes: reflexiones sobre identidad, género y feminismo

Claudia Janeth Montes de Oca Reyes
Facultad de Psicología

Una vez alguien me dijo que yo siempre he sido feminista, sólo que antes no tenía los recursos para nombrarme; supongo que esa afirmación vino después de múltiples anécdotas, en donde la rebeldía, hablar mucho y fuerte en un entorno que constantemente me quería callada y el sentido de justicia han sido una marca importante en mi historia. En ese momento le di la razón, me nombré feminista y milité por varios años al lado de mujeres que se convirtieron en hermanas, ahora no sé cómo nombrarme, pero sé que mi posicionamiento político es claro y las motivaciones iniciales se han expandido y se hicieron más fuertes, así que tampoco tengo prisa por hacerlo.

Vamos por el principio ¿cómo llegué al feminismo? O, mejor dicho, ¿cómo llegó a mí el feminismo?

Cuando me hacen esta pregunta vuelvo a mi tesis de licenciatura, digo que en ella encontré las palabras para nombrarme. Mi tesis *Procesos de construcción identitaria de mujeres feministas y activistas de Colima*, en equipo con Cristian y Antar, llegó en el momento preciso, nos interesaba explorar a partir de qué elementos se construía la identidad de un grupo de mujeres feministas y activistas del estado, y cómo se interseccionan estos ejes en la vida de las participantes. En el trabajo, las participantes relataban sus historias de vida y cómo el feminismo llegó para alumbrar su camino, coincidieron en que hacer comunidad con mujeres fue fundamental para su crecimiento y entendimiento del entorno, de los estereotipos y de las violencias que habían vivido.

Recuerdo claramente que durante las entrevistas me sentí reconocida, sentí eco de mi voz y de mi historia en sus palabras; esas narrativas se parecían a la mía y a la de mis amigas, así comprendí que yo era mi propia participante, que con ese ejercicio también estaba dando cuenta de mi historia y construyendo mi identidad. A partir de ese momento empezó mi activismo feminista, asistía a marchas, creamos un colectivo y me fui empapando de esos entornos. También empecé a formarme, a leer, tomar cursos y talleres, hice un diplomado en estudios de género y empecé a impartir talleres de género, diversidad y violencia a niñas, niños, adolescentes y jóvenes.

Desde el principio mi activismo y las problemáticas por las que alzaba la voz se vincularon con mi

quehacer profesional; estar cerca de las colectivas me permitió conocer otras realidades y acercarme a personas que tenían otras luchas. Además, la formación académica fue fundamental para entender desde distintas miradas las problemáticas sociales, complejizar mi mirada y desarrollar una perspectiva crítica que me permitió desenvolverse en otros espacios y con más herramientas.

Después de un largo proceso de formación y aprendizaje, dejé de nombrarme feminista; principalmente porque percibí que se instauró un mecanismo de vigilancia y exclusión a partir de la identidad, la sexualidad y los cuerpos, y los discursos transexcluyentes empezaron a tomar fuerza. No es que no existieran antes, sino que lograron captar el foco mediático y lo que se conocía como feminismos se convirtió en un lugar oscuro que se media a partir de “quién vivía más violencia” y establecía lo que era ser una “verdadera feminista”.

Decidí dejar de nombrarme, pero no dejé de ser feminista, dirigí mi camino a un activismo más amplio, que abarcara otras realidades, no únicamente la de las mujeres cis. Reconozco que es importante hablar de las violencias que nos atraviesan como mujeres, sin embargo, no considero que esto deba convertirse en una característica distintiva para determinar qué lucha es más importante.

El estudio de la violencia es un tema que ha estado presente en toda mi trayectoria, y mi formación profesional me ha permitido aproximarme a

su comprensión desde diferentes miradas. Primero empecé a involucrarme en el estudio de la violencia de género, participé en un proyecto de investigación en donde se rastrearon notas periodísticas de crímenes de odio y transfeminicidios en el Estado, con la intención de analizar las representaciones mediáticas de estos sucesos. Recuerdo con claridad que ese proyecto marcó un antes y un después en mi comprensión de la violencia; había días en los que solamente pensaba en eso, en la crueldad con la que esos crímenes eran cometidos; entendí la violencia como un fenómeno complejo, sistémico, un ejercicio de poder que busca mantener el orden establecido.

El acercamiento a conocer más sobre la violencia hacia las personas trans* y miembros de la diversidad sexogenérica me permitió reafirmar mi postura en el activismo, y en compañía de algunas amigas creamos un colectivo integrado por mujeres lesbianas, bisexuales y trans con la finalidad de hacer un contrapeso a los discursos de odio que prevalecían en los espacios feministas del Estado. Además creamos espacios como talleres, seminarios y diversas actividades artísticas para todas, todes y todos.

En ese camino me encontré con compañeras de las que he aprendido mucho, y a colaborar en diversas organizaciones dedicadas a la defensa y promoción de los derechos humanos. Uno de estos grupos fue la Red de Personas Desaparecidas en Colima, escuché las historias de sus familiares desaparecidos, empecé a acompañarlas en las marchas y en las ac-

tividades que organizaban, conocí las dificultades y obstáculos a los que se enfrentan y las violencias a las que se ven expuestas por su labor de búsqueda.

Aquí conocí otra forma de violencia, una de las más explícitas y aterradoras, la desaparición forzada, es una violación sistemática a los derechos humanos, que involucra varios derechos: a la vida, la libertad personal, la integridad personal y el reconocimiento. Es una de las principales problemáticas en el país, es el resultado de un proceso histórico, la transición de una práctica de la violencia estatal que poco a poco se ha consolidado como un dispositivo de control y dominación.

Este panorama despertó el interés en mí por conocer más acerca de la intersección entre violencia y desaparición forzada y apoyar a la red con los recursos que tengo en este momento; además, me desempeño como consejera de la Comisión de Derechos Humanos del Estado de Colima y mi compromiso está en la defensa de los derechos de las mujeres y en la defensa de derechos de las personas desaparecidas.

Hacer este ejercicio reflexivo me permitió ver lo mucho que he avanzado y aprendido, además de entender que el camino no es lineal y que todos los espacios que he transitado han sido fundamentales para construir la mujer que soy actualmente y me han permitido estar en distintos lugares y tejer redes fraternas de acompañamiento.

Otras habitaciones ~~que nunca han sido propias~~

María Enríquez
Facultad de Psicología

Habitarme ha sido salir de habitaciones a veces huyendo. Otras veces me he quedado como si la habitación fuese mía, nuestra “como si”, porque el espacio no es propio, es rentado. Hay habitaciones cuyas paredes encapsularon mi llanto, palabras, ecos de risas que rebotaron hasta salirse y esparcirse por la casa, gemidos... hay habitaciones a las que nunca volví.

Me habité varias veces.

Y encontré límites en esos cuadrados.

Y no cupe.

Me empapé de llanto, inundé un cuarto, se desbordó el agua salada, rompió la puerta... las aristas del cuadrado se movieron conmigo...

La primera habitación, fue de paso, un préstamo de cuarto, un paso doloroso y otro y otro, 12 años.

En esa habitación prefería quedarme dentro del armario o debajo de la cama, donde los monstruos que asustaban a mis compañeras de la primaria se escondían; hubiese querido meterme ahí cada noche con esos monstruos y no lidiar con hombres, tampoco con mamá. Esa habitación de paso me obligó a leer, me movió a escribir/me. Leía para escapar a donde sea, luego escribía para contarle a alguien, a mí misma, que era cierto, lo que yo vivía era cierto y aunque los trapos sucios se lavan en casa, decía Adriana, yo me deshacía de esa suciedad en el papel. Una libreta llena de escritos míos fue llevada como prueba a la fiscalía. La fiscalía no me protegió. No era suficiente, las niñas mienten, no hay suficientes pruebas, contarle no bastaba, escribirlo tampoco. Hui de esa habitación.

Recuerdo las habitaciones de mis vecinas donde jugábamos a las muñecas y a darnos besos, a veces intercambiábamos maquillaje y muñecas por besos. No era raro ni incómodo besarnos, no lo teníamos prohibido, nadie me prohibió nunca besar a nadie. Hablé de esos besos hasta la facultad.

Hay una habitación, un espacio prohibido que representaba “sexo”, la habitación de mi ex. A mí me causaba risa y ternura que los padres siempre pensarán el cuarto como algo que incita a tener sexo, que era algo que no querían que tuviéramos, además de un hijo... un miedo que yo también compartía y si los diálogos hubieran existido, creo que todxs la hubiéramos pasado más tranquilamente. Buscar espacios

seguros para explorar no es fácil, lo que terminamos haciendo es buscar espacios (solamente) ¿qué pasaría si pudiéramos ser ciudadxs en la adolescencia de otras maneras? Me vuelve a dar risa pensar que, si todxs lo hubiésemos hablado y expresado que teníamos los mismos miedos, pudimos haber compartido mejores formas en grupo para cuidarnos y además una habitación...

Esa fue otra habitación de la que salí huyendo... coincidió con los primeros seis meses de la pandemia, y después de esos años de encierro (y no hablo del confinamiento) hablo de los siete años de semi aislamiento previos... entonces me encontré en la necesidad de no volver a relacionarme de manera monogámica ¡nunca más en mi vida!, lo cual no sucedió... pero al menos esa ruptura me permitió explorar/me y vivirme como quería.

Entré en otras habitaciones y tenía la necesidad de apenas dar un paso y decir que no quería tener una relación monogámica, y esto parecía entenderse como que yo no quería algo serio, ni comprometerme. Debatía bastante sobre la seriedad en los vínculos, yo quería practicar el compromiso con alguien independientemente del tiempo de los espacios compartidos, quería cuidar los momentos que elegíamos estar juntxs y acompañarnos.

¿Es posible en esta realidad mexicana, colimense, cuidar de las prácticas efímeras sexuales/afectivas?

Sí y no, y pasa igual en la monogamia, sólo que nos lo preguntamos únicamente de aquello que

desconocemos. En las relaciones monogámicas también hay relaciones sin compromiso, respeto, honestidad, cuidados, pero ya tiene bastantes años instalada esa estructura que igual se han generado formas diversas de justificarlas y validar eso mismo que se cuestiona en relaciones abiertas, anárquicas, poliamorosas, vínculos exclusivamente sexuales, etcétera. Hay vínculos de una noche en los que me sentí más cuidada, escuchada y respetada que en los que duraron meses o años.

Lo que me atraviesa de esos intentos por hacerlo diferente es que las prácticas de la monogamia se nos cuelan en el cuerpo, y ese cuerpo se mueve como si fuese sólo eso, *monógamo*, como si pudiese sólo ser eso, *monógamo*, porque si no te vives como tal estás en un limbo.

Hay una habitación en la que pedí un beso a la primera mujer que reconocí que me gustaba.

Ese beso y deseo me llevaron a otras habitaciones.

Vivirme como pansexual es un constante explicar que no me gustan las mujeres y tampoco los hombres, que hay personas que deseo y me gustan porque son eso que son, y su identidad de género, su sexo, su identidad sexual me importan en cuanto a validar eso que son, no para excluir que me gusten.

Las primeras veces que compartí que era pansexual, me incomodaron los interrogatorios ¿por qué no bisexual? ¿Por qué solamente había tenido novios varones? ¿Ya había tenido sexo con mujeres? Siento que una es obligada a encontrarse argumentos para

demostrar que no se es aquello que deberíamos ser “heterosexuales” y además de no serlo, hay una exigencia como llovizna molesta, de comportarte como se comportan los que por regla les “gustan” las mujeres: los hombres... que tenemos que hablar de sus cuerpos, sabrorear, verlas con la mirada de ellos... consumirlas, de lo contrario, el limbo. Yo sabía lo que era ser mirada con esos ojos, y en los míos no ocuparían ese lugar de objeto ninguna mujer.

Los besos ¿por qué tienen que ser un espectáculo? Me llenaba de rabia que algo que estaba disfrutando tanto debía ser interrumpido porque sentíamos que alguien nos estaba mirando, y al buscar... alguien nos estaba mirando, de nuevo con esa mirada. Nunca me pasó esto con un hombre, ni ocupa la atención de nadie ese beso heterosexual, y si acaso alguien por error volteaba era como observar a alguien cruzar la calle.

La habitación del poliamor

Esta habitación era enorme, la primera vez que abrí la puerta fue porque comencé a relacionarme con un chicx que tenía una relación poliamorosa con dos chicas; no era de Colima, pero venía a trabajar de vez en cuando. Yo nunca sentí celos, ni necesidad de que estuviera acá, ni de vernos más, ni de hablar más, nos escribíamos cartas por correo electrónico, me emocionaba no sentir ni pensarme insuficiente porque él estaba con tres mujeres, lo cual duró meses, ya que las chicas con las que compartía lo terminaron ex-

presando una falta de atención hacia ellas posterior a conocerme, ya que ahora los tiempos se dividían entre tres. Yo también tenía posibilidades y la puerta abierta de esa habitación para explorar, pero no lo hice y sentía orgullo de decir que no lo hice, porque el pensamiento monogámico seguía habitándome, aunque estuviera en una relación abierta. Me pienso ahora en ese lugar como el pajarito al que por años mantuvieron encerrado en jaula y después cuando la abren no sale de ella ¿qué hay afuera de la monogamia? Prácticas no monógamas con un pensamiento todavía monogámico.

No dejaba de estar frente al cuarto de la monogamia.

No dejaba de tener sólo un pasillo compartido por el que se colaban reglas a seguir.

Esa habitación enorme tenía bastante por explorarse, me quedé ahí, investigué los espacios, los muebles, el escritorio, me senté a escribir sobre ella. Y encontré huecos en las paredes que miraban hacia la habitación de enfrente, la que atraviesa el pasillo... Espacios huecos donde cabía un ojo que seguía observando qué pasaba allá.

Y entonces yo pensaba que las relaciones abiertas, los vínculos de cuidados y amor (sexuales o no, amistosos) el poliamor, significaban no centralizar a alguien en tu vida, sino horizontalizar las relaciones que teníamos; me encontré que las necesidades de pasar tiempo con el/la otra eran iguales a cuando tuve novio, sin embargo ahora debía dividir mi

tiempo (que era poco) entre más personas, y eso es complicado, la presencia en mensajes, cariño, afectos queriendo ser un cotidiano, no logró serlo, no había el tiempo para hacerlo.

La habitación me cayó encima a mí y a dos compañeras amorosas con las que compartí. Las tres salimos en diferentes tiempos de la habitación de enfrente. Ellas dos salieron juntas después de 10 años viviendo ahí. Primero de la habitación salió una huyendo, luego yo, después la última. Nos aplastó el intento.

Después de eso, el limbo.

Ni monogamia, ni relaciones abiertas, ni poliamor.

Una habitación en casa de mi abuelo

Esta habitación fue refugio a mis 12 años. Nido de ternura, un abuelo cuidaba de mí, un hombre me crio. El abuelo aprendió de su madre que era costurera y además cuidaba a siete hijxs a los cuales enseñó que todos en casa, hombres y mujeres, hacían trabajo doméstico. Mi abuelo me cuenta que a las mujeres las trataba mejor, les daba más afecto, las chiqueaba más porque decía que no sabía qué hombre les iba a tocar, mejor que vivieran felices ahora mientras ella podía darles una vida digna y amorosa. Hugo, mi abuelo se llama Hugo, y aprendí de él cómo quería que me trataran los demás, con ternura, con cariño, con amor. Ese hombre jamás me ha violentado. Y en esa habitación conocí el amor, y pude conocerme,

en esa habitación bailé, canté, escribí, declamé, pude enojarme, estar triste, ser feliz, tener miedo, ser abrazada, fui amada, y él que amaba las plantas me dejó en ese espacio prestado una tierra llena de semillas, cuidó de esa tierra 27 años. De esa habitación no hui, salí como quien acaba de meterse al mar y sale descansado.

Una casa

La habitación de ahora no la había imaginado, nunca estuve segura de querer vivir con alguien, pensaba que lo más fácil y seguro para mí sería vivir sola cuando saliera de casa de mi abuelo. En la lista de cosas que no esperé, fue el vivir con otro hombre que no fuera mi abuelo, tampoco volver a tener novio, mucho menos sentirme tranquila, amada y libre con ese novio. Ahora me encuentro en algo más que una habitación, *una casa* (rentada) viviendo con mi mejor amigo, que es mi pareja, en una relación monogámica, aprendiendo de mí en este estar sin huir, a amar y cuidar y hacerle sentir libre, en esta casa con tantos espacios para crecer juntxs y cada unx por separado.

Diálogo constante con mi masculinidad

Cristian Alberto Zepeda Gómez
Facultad de Psicología

Ha pasado algo de tiempo desde que todo ha cambiado en mi persona; si puedo dar un contexto de quien era antes, me cuesta trabajo; lo que sí logro reconocer es que seguía las formas que se entienden tradicionales para los hombres, como el típico burlón de todo, no pensaba tanto en los peligros que se pudieran presentar en mi vida. Una cosa que recuerdo bien es que a como dé lugar estaba en la búsqueda constante de tener novia, pero sobre todo reconozco que era bastante celoso de las amistades de quien fuera mi pareja, me costaba bastante conservar amistades, estuve en la búsqueda constante de que se me reconociera fuerte, peleaba cuando me molestaban para que no me siguieran molestando. Es poco el contexto, y creo que se podría complementar mejor por quienes me conocieron en mi etapa de primaria, secundaria, bachillerato y parte de la facultad.

Durante todo este tiempo puedo agregar que sí me reconocía como alguien que siempre estuvo en búsqueda de sí mismo, en todos mis ámbitos; me cuestionaba hasta donde mi comprensión podía, y mi acceso a la información fue aprender de observar a quienes me rodean, desde preguntar y cuestionar para comprender por qué hacían las cosas que hacían. Reconozco también que había situaciones sociales que no comprendía y esto no me detenía en formular cosas distintas para mi persona. Tanto era el cuestionamiento y los problemas que ya eran cotidianos, que desde mis 16 años me acerqué a profesionales de la salud mental, y por qué no, un poco de grupos de auto ayuda, porque en palabras de mi abuelo: “de todos lados se aprende”. También mi crítica individual me ayudaba reconocermelo distinto después de cada experiencia, esto en principio fue lo que me motivó para elegir la carrera que quería en psicología, en principio para comprenderme mejor y a los demás, pero con el trasfondo de responder esas preguntas sin respuesta que esperaba encontrarlas conforme avanzara en mi educación.

Pienso que hay algo que es sumamente importante para mi encuentro con los temas de feminismo, identidad, violencia y masculinidad; se lo debo en parte a mi curiosidad, seguido de la generación en equipo de mi tesis de licenciatura. Si bien antes de hacer el proyecto de investigación me surgieron preguntas sobre qué era el feminismo, escuchaba podcasts y veía videos del momento por allá del 2016-

2017 en donde se mostraba la cara mediática del feminismo, en donde buscaban manchar la imagen; esto me generó dudas respecto a querer saber qué es realmente el feminismo. Después de conversar las dudas con mi compañera de tesis, nos encausamos a investigar el *Proceso de construcción identitario de mujeres feministas y activistas del Estado de Colima*, en donde junto con el asesor entrevistamos a distintas mujeres activistas, con la finalidad de cocrear textos que dieran cuenta de su historia identitaria feminista.

Es aquí en donde comienza una gran crítica a mi propio modelo masculino y al sistema hegemónico que nos rodea. Para mí fue un proceso muy difícil de asimilar, pues a la par que investigaba y replanteaba mis construcciones personales y relacionales, me enfrentaba a una realidad muy distinta en donde tenía pareja con planes futuros de establecernos, en la que desempeñaba el rol de hijo varón y mayor, con las implicaciones que tiene, y sentir que decepcionaré al modelo de familia. También en esta realidad a mis amistades no las frecuentaba y para mí era muy sencillo nada más hablarles para salir, sin involucrarme tanto en sus vidas. Con este contraste de realidad, debo mencionar que durante todo el proceso mi compañera de tesis fue muy importante para tener esas pláticas privadas en donde comenzaba a reconocer la violencia que estaba replicando sin darme cuenta; esto sumado a asesorías psicoterapéuticas y filosóficas con profesionales. Y es que llegó a un

punto en el que sentí que estaba desestructurando tanto mi identidad, que me quedé sin algún modelo visible que me permitiera referenciarme.

Considero que el impacto que tuvo el poder entender con mayor profundidad el movimiento feminista como movimiento político/social, asimilar y analizar las teorías de género y comenzar a comprender la identidad como una construcción social, fue el parteaguas para querer hacer algo con la información que tenía; poder trasladar de forma práctica el conocimiento que fui adquiriendo, durante los últimos semestres de la facultad. Es entonces que comencé a explorar el tema de la masculinidad con la finalidad de comenzar a entender desde otras miradas el fenómeno; en ese momento se amplió la forma en la que yo me puedo identificar.

Entre aquellos temas que me han hecho comprender mejor la masculinidad y su alternatividad, hacer análisis de dónde viene sin dejar de lado sus inicios en el feminismo y cómo ha ido evolucionando el concepto, para mí destaco la masculinidad hegemónica o los modelos tradicionales de la misma. Fue interesante poder ver que al final de todo pueden existir modelos alternativos que se alejan de prácticas arraigadas de los moldes masculinos de México; poder ver cómo la teoría está entretejiendo significados todo el tiempo me hizo comprender que podía dialogar con otros hombres, preguntar cosas distintas sobre nuestra experiencia. A partir de esto no he dejado de trabajar, investigar y generar nuevas preguntas

que me ayuden en mi experiencia como psicólogo, construcción masculina, ya que no dejo de convivir en un entorno en donde tengo que crear relatos y construirme distinto.

He trabajado en diversos contextos; el llevar la información, como realizar talleres a estudiantes universitarios, con mi familia, con colegas de profesión que han estado interesados en ampliar su mirada profesional, es muy interesante siempre que se trabaja el tema con otros/as personas. No se deja de aprender. Ver cómo se transversalizan los campos de experiencia, la vida personal, lo profesional y lo cotidiano en las sesiones de trabajo, genera en mí mayor interés y nuevas preguntas, sobre todo para saber cómo acompañar a quienes están interesadxs o tienen dudas. Esto ha ampliado mi forma de mirar y, pues el ver en los otros me ha ayudado a encontrar prácticas nuevas que puedo seguir reproduciendo sin darme cuenta, ya que conecto con aquellas problemáticas, me puedo en ocasiones ver reflejado o reflexiono sobre aquello que mueve mi sentipensar.

Debo admitir que uno de los retos que considero más difícil de reconocer fue voltear a ver las prácticas de violencia que tenía en mi entorno, con las relaciones y hacia mi persona. Ha sido un encuentro constante sobre replantear y reformular el cómo me identifico, pienso y soy con los demás. En estos diálogos, fui encontrando que el seguir un modelo tradicional de pareja no era algo que me gustaba, que tenía que tener mayor cuidado de mi persona,

es decir, no ponerme en riesgo constante; descubrir que hay formas de relacionarme y gestionar de forma distinta mis amistades; no asumir la identidad de otros por su expresión de género; cambiar por completo la manera de llevarme con mi familia; son algunas de las cosas que se han vuelto parte de mi cotidianidad.

Sin duda no deja de ser un encuentro interminable porque a medida que avanza la sociedad, la violencia genera nuevos matices, se comienza a mimetizar con otros procesos; se vuelve más complejo de estudiar y entender el fenómeno en la realidad que vivimos. Lo que he pensado es que sin duda todas estas reflexiones me ayudan a entender que no dejamos de convivir con todo tipo de masculinidades, feminidades, violencias e identidades que están apegadas o no a los modelos hegemónicos dominantes de este momento histórico en particular. Con esto quiero decir que el encontrarme inmerso en esta sociedad es aprender a ser diferente, a crear un modelo personal de masculinidad que se adapte a todas aquellas cosas que he pensado y trabajado en lo que va de estos años; también es adaptar lo que soy ante la sociedad, pues el encuentro de mi construcción personal puede ser un desafío a lo que la sociedad espera de ser hombre.

Al final de todo este recorrido, puedo decir que el diálogo con mi masculinidad sigue siendo un proceso interminable, pero lleno de significado. A lo largo de estos años me he dedicado a cuestionar y replantear

esos modelos tradicionales con los que crecí, para construir algo más cercano a lo que soy y a lo que quiero ser. Sé que este encuentro conmigo mismo no termina aquí; al contrario, siento que se transforma constantemente. A medida que la sociedad cambia, surgen nuevos retos, y eso me lleva a seguir reflexionando y adaptándome. Así he encontrado sentido en mi trabajo como psicólogo y en mi vida cotidiana: cuestionándome, escuchando y aprendiendo de los demás, mientras trato de crear una masculinidad que refleje todo lo que he pensado hasta ahora.

Coordinación del libro

Mayra González Flores

Doctorante en estudios socioculturales sobre las desigualdades por la Universidad de Colima, maestra en gestión pública aplicada por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, y licenciada en ciencia política por la Universidad de Colima.

Cuenta con una especialidad en políticas públicas y género por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO, sede México. Diplomada en género y políticas de igualdad por el programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Tiene formación sobre políticas con perspectiva de género en instituciones de educación superior, y a través de la Organización de los Estados Americanos y la Comisión Interamericana de Mujeres se ha capacitado en temas sobre la integración del enfoque de derechos y de igualdad de género en políticas, programas y

proyectos, así como en planificación estratégica con enfoque de género.

Se ha desempeñado en puestos administrativos a nivel estatal y municipal. De 2014 a la fecha es integrante del Centro Universitario para la Igualdad y los Estudios de Género de la Universidad de Colima, y es actualmente directora del mismo.

Formó parte del grupo de especialistas que colaboró en el desarrollo y actualización del Protocolo para la atención integral de la violencia de género en la Universidad de Colima.

Carlos Ramírez Vuelvas

Licenciado en letras y periodismo por la Universidad de Colima, maestro en letras mexicanas por la Universidad Nacional Autónoma de México, con mención honorífica, y doctor en letras hispanoamericanas por la Universidad Complutense de Madrid. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores de la Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación; también cuenta con el reconocimiento del Programa de Mejoramiento del Profesorado de la Secretaría de Educación Pública de México.

Ha publicado los libros de ensayo *Una semana con Villa en Canutillo* (en coautoría con Antonio Sierra García), *Full zone. Pantallas y avenidas*, y *Mexican drugs. Cultura popular y narcotráfico*, además de los libros de poesía *Ha llegado el verano a casa* y *Los contradioses*. También ha editado la poesía de Balbino

Dávalos, Rafael Martínez Rubio y Griselda Álvarez. Ha recibido el Premio Internacional de Ensayo Caja Madrid y el Premio Nacional de Poesía Tijuana.

Ha sido coordinador académico de la licenciatura en letras hispanoamericanas (2007), subdirector (2008-2009) y director de la Facultad de Letras y Comunicación de la Universidad de Colima (2011-2015). Además, se desempeñó como director general de Radio Universidad, antes de ocupar la titularidad de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Colima desde el 2015 hasta el 2020. Actualmente es profesor de la Facultad de Letras y Comunicación y Coordinador General de Extensión de la Universidad de Colima.

Antar Martínez-Guzmán

Doctor en psicología social por la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB). Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI-I, SECIHTI). Miembro del grupo de investigación Fractalidades en investigación crítica de la UAB y miembro fundador de colectivo Espora psicosocial.

Ha publicado diversos artículos en revistas académicas y capítulos de libro en distintas casas editoriales. Ha participado y fungido como coordinador en diversos proyectos de investigación financiados y ha sido expositor en distintos foros académicos nacionales e internacionales. Ha sido profesor invitado en la Universidad Diego Portales (Chile) y en la

Universidad de la República (Uruguay). Ha realizado estancias de investigación en la City University of New York y en la University of Texas-Austin (Estados Unidos).

Ha sido representante de América Latina ante el Comité de Investigación de Psicología Social de la Asociación Internacional de Sociología. Fue Premio Estatal de la Juventud en el estado de Colima (2005 y 2006) en las áreas de actividades académicas y protección a la infancia, respectivamente. Obtuvo el Premio Extraordinario de Doctorado otorgado por la Comisión de Posgrado de la Universidad Autónoma de Barcelona (2014). Recibió el Premio Nacional de Psicología (2017) y el Premio Estatal de Psicología (2023) en el área de investigación. Sus intereses de investigación incluyen procesos identitarios contemporáneos, identidades de género, masculinidades, nuevas tecnologías y subjetividad, así como metodologías de investigación discursivas, narrativas y participativas. Actualmente es profesor investigador de tiempo completo en la Facultad de Psicología y coordinador del Programa de Reflexión en Masculinidades para la Igualdad de Género y la No Violencia en la Universidad de Colima.

Historias de identidad y diversidad, coordinado por Mayra González Flores, Carlos Ramírez Vuelvas y Antar Martínez-Guzmán, con ilustraciones de Sandra Uribe, fue editado en la Dirección General de Publicaciones de la Universidad de Colima, avenida Universidad 333, Colima, Colima, México, www.ucol.mx. La edición se terminó en junio de 2025. En la composición tipográfica se utilizó la familia Gandhi Sans. Programa Editorial No Periódico: Eréndira Cortés Ventura. Gestión administrativa: María Inés Sandoval Venegas. Edición: Miguel Ángel León Govea. Diseño de interiores: José Luis Ramírez Moreno. Diseño de portada: Adriana Minerva Vázquez Chávez. Plataformas digitales: Benjamín Cortés Vega y Damara Josselin Jiménez Armenta.

Así como los pasos dejan huella en un camino, cada acción, palabra y lazo afectivo moldean una búsqueda constante por definirnos como personas en el mundo. ¿Qué pasaría si cada uno y cada una de nosotras escribiera su historia de búsqueda? Quizá lograríamos un compendio de dudas y temores compartidos, de incertidumbres pendientes y de aquellas que fueron superadas. Seguramente tendríamos más *Historias de identidad y diversidad*, el ejercicio pleno de humanismo que pone acento en las palabras libertad y dignidad. Adentrémonos en los relatos que dan cuenta de las violencias vividas por quienes se atrevieron a cuestionar las normas sociales y, en su travesía, descubrieron que el amor y la empatía son los hilos más fuertes del empoderamiento.

Miguel Ángel León Govea

Mayra González Flores

Doctorante en estudios socioculturales sobre las desigualdades por la Universidad de Colima, maestra en gestión pública aplicada por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, y licenciada en ciencia política por la Universidad de Colima. Es directora del Centro Universitario para la Igualdad y los Estudios de Género de la Universidad de Colima.

Carlos Ramírez Vuelvas

Licenciado en letras y periodismo por la Universidad de Colima, maestro en letras mexicanas por la Universidad Nacional Autónoma de México y doctor en letras hispanoamericanas por la Universidad Complutense de Madrid. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores e Investigadoras (SNII-I, SECIHTI). Es profesor de la Facultad de Letras y Comunicación, y Coordinador General de Extensión de la Universidad de Colima.

Antar Martínez-Guzmán

Doctor en psicología social por la Universidad Autónoma de Barcelona. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI-I, SECIHTI). Es profesor investigador de tiempo completo en la Facultad de Psicología y coordinador del Programa de Reflexión en Masculinidades para la Igualdad de Género y la No Violencia en la Universidad de Colima.



UNIVERSIDAD DE COLIMA